

do con el pronunciamiento de la Villa de los Santos ocurrido el 10 de noviembre, imitado por otras poblaciones del interior.

Y fue así que a raíz de la derrota sufrida por los realistas en Carabobo bajo el comando de La Torre había llegado a Puerto Cabello, donde éste se había refugiado, el mariscal de campo Juan de la Cruz Mourgeón. Traía de España la comisión de someter a la Nueva Granada, con el nombre de gobernador y comandante general, y con el privilegio de asumir el título y cargo de virrey en cuanto conquistase dos terceras partes del territorio. Pidió auxilios al general La Torre, quien en sus calamitosas circunstancias sólo pudo suministrarle una compañía de cazadores a que agregó Mourgeón los pocos oficiales y soldados que traía de España; y contrariando el dictamen de una junta general de oficiales, siguió su camino hacia Panamá, no sin hacer escala en Jamaica para informarse de la situación de Nueva Granada. Unos cuatrocientos hombres, enfermos muchos, constituían la base de la expedición que comenzó a formar en cuanto llegó al Istmo; mas carecía de recursos y Panamá se encontraba igualmente empobrecido y exhausto como consecuencia del trastorno del comercio por los acontecimientos de la prolongada guerra americana.

A su arribo, el mariscal Pedro Ruiz de Porras le cedió el mando que interinamente ejercía desde la muerte de Sámano, pues fue reconocido como gobernador y capitán general de todo el virreinato.

Para poder reunir algunos recursos se vio obligado a extremos hasta el de echar mano de los bienes eclesiásticos con la promesa de restituirlos después; y emprendió la recluta de hombres y la organización del gobierno en lo civil y en lo militar. ¡Jamás lo hubiera intentado, por lo menos con el jefe civil y militar que designó: el teniente coronel José de Fábrega, ascendido por él a coronel! Fue sin quererlo la más eficaz cooperación a los inteligentes ciudadanos que dirigían la conspiración, estallada en la Villa de los Santos, y propagada luego por todas partes sin derramar una sola gota de sangre. Guarnición realista había quedado ciertamente en la ciudad capital; pero la obra de la intriga fue gradualmente vaciando los cuarteles; y cuando se creyó ya asegurada su inocuidad por la desertión de las tropas, una junta general de la ciudad capital, presidida por el gobernador Fábrega y el obispo José Higinio Durán, y compuesto de funcionarios públicos, personas connotadas y los ciudadanos en general firmaron una acta de independencia del gobierno español y adhesión al gobierno de Colombia, esto con la condición de que Colombia asumiera la deuda pública contraída

por el gobierno español. A los miembros de las fuerzas españolas se les concedió libertad de quedarse en el país o irse para el exterior, con la obligación, eso sí, de no hostilizar al nuevo régimen. Fábrega fue proclamado jefe superior del Istmo, convertido después con sus dos provincias, Panamá y Veraguas en departamento colombiano.

De este modo quedó sin efecto la expedición que por orden de Bolívar había preparado el vencedor de Cartagena, Mariano Montilla, pero sirvió para que con ellas amparase y reforzase la transformación que acababa de operarse en la importante garganta americana que vino a quedar convertida en magnífica base para la guerra del sur.

Era preciso la referencia a estos acaccimientos, aún antes de seguir cronológicamente los movimientos de Bolívar, para ir formando el cuadro donde han de encerrarse de aquí en adelante sus movimientos bélicos e iniciativas civiles. Pero cumple también reseñar brevemente los anhelos independientes de las provincias más meridionales de las dependencias de Colombia.

El fermento de libertad que reinaba en los dominios del rey de España a los principios del siglo XIX hizo su primera explosión en la ciudad de Quito. El eminente doctor Francisco Javier Eugenio Santacruz y Espejo es a justo título el precursor de la inquietud revolucionaria en esta parte del continente. Gran popularidad alcanzó su obra entre la nobleza Quiteña, por cuanto estimulaba su ya sensible distanciamiento espiritual de la madre patria. Aleccionada con las ideas de corte enciclopedista que detectaba bajo el disfraz de sátiras sociales circulantes en manuscritos, esa clase superior del reino, o mejor dicho, de la presidencia de Quito, el anhelo de independencia fue cobrando alas, hasta que los sucesos de Carlos IV y Napoleón ocasionaron, como en las demás colonias, el momento preciso de una abierta rebelión que si bien alegaba ostensiblemente obedecer a un móvil de lealtad al soberano ultrajado y desposeído, tenía consciente o inconscientemente una finalidad de alcances mucho más importantes para el porvenir.

El día 9 de agosto de 1809 estalló la conspiración que prudente y cautelosamente había venido preparándose y se formó la indispensable junta con inclusión del marqués de Selva Alegre, el obispo José Cuero y Caicedo, el doctor Juan de Dios Morales, el doctor Manuel Quiroga y el doctor Juan Larrea. Fue depuesto el presidente de la Real Audiencia, conde Ruiz de Castilla; éste y algunos otros funcionarios fueron arrestados y quedó por el mo-

mento consumada la transformación política de Carácter incruento y civilizado.

Pero la revolución no encontró ambiente. A las demandas de adhesión hechas a Popayán, Cuenca y Guayaquil, se respondió organizando fuerzas para la contrarrevolución. De Bogotá el virrey Antonio Amar y Borbón despachó 500 hombres contra Quito. El virrey del Perú José Fernando de Abascal, que tenía a Guayaquil legalmente bajo su dependencia militar y había usurpado el dominio de la provincia en todos sus ramos, impartió órdenes y suministró elementos, lo mismo que a Cuenca. Nada hay que explicar de la actitud de Pasto, irreductible baluarte de la lealtad realista.

En resolución, derrotadas donde se presentaron las tropas colectoras con que la junta pretendió combatir la reacción oficial, Ruiz de Castilla volvió a ocupar el puesto de que había sido desposeído, no sin dar su palabra de honor de no perseguir a los rebeldes. Más el presidente no era dueño de cumplir sus excelentes propósitos. Los vencedores lo obligaron a una tremenda persecución de todos los implicados en la revuelta, y las tropas que llegaron a Quito iban dejando a su paso huellas de sangre y arroyos de lágrimas.

La sevicia con que se cebaron en el pueblo robando, maltratando, violando a las mujeres, se hizo intolerable y obligó a gran parte de la población a huir y refugiarse en los montes hasta que del mismo extremo de ese trato se levantó en Quito una segunda sublevación, esta vez de todas las clases sociales, que estalló el 2 de agosto de 1810. El pueblo se armó con todo cuanto pudo haber a mano: piedras, cuchillos, palos, hierros, y dio salida de las cárceles a las víctimas de la reacción realista. En represalias las tropas de la ciudad se ensañaban de igual modo con los habitantes: las calles eran despejadas a golpe de metralla, presos que quedaban en los cuarteles eran inmolados por el cuchillo asesino. La gente agredía desde los edificios. Las tropas del gobierno segaban vidas sin piedad, los muertos se contaban por centenares, cuando el obispo diocesano, recorriendo las calles, hizo cesar la lucha.

El 22 de septiembre de 1810 se constituyó una nueva junta gubernativa a instancias del hijo del marqués de Selva Alegre, el teniente coronel Carlos Montúfar, que había sido nombrado comisionado regio por la regencia de Sevilla. Incluía esta nueva junta al mismo Montúfar y al obispo Cuero y Caicedo; mas ésta, que asumió brevemente su verdadero cariz de junta revolucionaria, tuvo que ceder el paso a las tropas reales, que en todas partes vencieron

a los cuerpos que ella les oponía. La expedición que acaudillaba el general realista Montes entró en la capital en junio de 1812 y la quietud volvió al país bajo el régimen español hasta que en 1820, estimulado por las proezas de Bolívar y sus triunfos en Boyacá y Carabobo, las hazañas de Lord Cochrane, el desembarco de la expedición libertadora del general San Martín en el Perú, la revolución española de 1820 y la proclamación de la independencia del Perú (28 de julio de 1820), la provincia de Guayaquil levantó también su aliento de autonomía.

Este paso era indicio de un cambio radical de opinión, por cuanto actos anteriores, principalmente los relacionados con la sublevación de Quito en 1809-1812 permitían catalogar a los guayaquileños como adeptos del régimen de España.

Servía en Lima a las órdenes de los realistas un batallón compuesto en casi su totalidad de unidades colombianas: el batallón procedía de Venezuela, donde se formó por los jefes de los realistas con soldados venezolanos, fogueado en las tremendas batallas de esa colonia desde los principios de la magna epopeya, y huelga agregar que se componía de jefes, oficiales y tropa veteranas, si los hubo. No era posible que las glorias conquistadas por las armas de la patria, la voz de la sangre, la nostalgia y la añoranza del hogar, dejaran de repercutir en sus corazones ni dejaran de manifestarse más o menos débilmente en muchos. Así es que varios jefes y oficiales sin llegar al extremo de descubrir abiertamente sus sentimientos hasta el punto de que se les sindicase de desleales, dieron pábulo a sospechar de patriotas y fueron despedidos del servicio. Algunos de ellos se hallaban en Guayaquil para esta época. El teniente Luis Urdaneta pariente cercano nada menos que del general Rafael Urdaneta, uno de los brazos derechos del Libertador; el capitán León de Febres Cordero, el sargento mayor Miguel Letamendi. Estos fueron activos agentes de la revolución del 9 de octubre con la sublevación del coronel peruano Gregorio Escobedo, segundo jefe del batallón Granaderos de la Reserva acantonado en la ciudad. Se instituyó una junta militar y más tarde una junta de gobierno con marcada fisonomía de autónoma presidida por el gran poeta José Joaquín Olmedo e integrada además por el coronel Rafael Jimena y don Francisco María Roca. Las funciones de secretario tocaron al coronel doctor Francisco Marcos.

He aquí una manzana de discordia entre el Perú y Colombia. Surgieron tres partidos: el de la constitución de la provincia de Guayaquil como entidad política independiente y soberana; el de la anexión de Guayaquil a la república del Perú; el de su unión con la

república de Colombia. Cabe ante todo preguntar ¿estaba la nueva entidad, pequeña, pobre, sin recursos económicos, sin armas ni ejército, en condiciones de conservar su autonomía en medio de dos estados fuertes que la reclamaban, el uno a justo título, el otro arbitrariamente y basado en la errónea interpretación de una providencia real y amparada en un acto injustificable del virrey Abascal del Perú?

La junta misma comprendió con lucidez que para sostener la independencia conquistada, amenazada inminentemente por el presidente de Quito, carecía de medios propios y necesitaba del auxilio de Colombia y del Perú; pero solicitada por los amigos de una y otra potencia, para que se les anexara, su posición era en extremo vacilante y calculaba que si lo hacía en favor de un vecino atraería la desastrosa enemistad del otro.

Cuál de los dos estados, Perú o Colombia tenía razón en su punto de vista, no es difícil comprenderlo. Guayaquil era parte de la presidencia de Quito, que a su vez fue siempre perteneciente a la Nueva Granada, entonces territorio integrante de la república de Colombia. Guayaquil en consecuencia formaba parte de la república de Colombia. Pero la tradicional codicia peruana de las maderas de que carecía y Guayaquil suministraba en abundancia, y las ventajas de Guayaquil como excelente puerto y natural astillero habían creado un anhelo de anexárselo.

En 1803 la real orden del 7 de julio, imprecisa, vaga en sus términos, vino a dar alientos a ese deseo, al establecer que “entre otras cosas que ha consultado S.M. a la Junta de Fortificaciones de América sobre la defensa de la ciudad y puerto de Guayaquil, ha propuesto que a fin de que éste tenga con ahorro del real erario toda la solidez que conviene, debe depender el gobierno de Guayaquil del virrey de Lima y no del de Santa Fe, puesto que no puede darle como aquél, en los casos necesarios, los precisos auxilios, siendo el de Lima, por la facilidad y brevedad con que puede ejecutarlos, quien le ha de enviar los socorros de tropas, dinero, pertrechos de armas y demás efectos, de que carece aquél territorio; y por consiguiente se halla en el caso de vigilar mejor y con más motivo que el de Santa Fe, de la justa inversión de los caudales que emita y gastos que se hagan, a que se agrega que el virrey de Lima puede según las circunstancias servirse con oportunidad para la defensa del Perú, especialmente de su capital, y de las maderas y demás producciones de Guayaquil, lo que no puede verificar el virrey de Santa Fe, etcétera”.

Fingió el virrey Abascal no interpretar que la providencia se refería sólo a lo militar y anexó al Perú en todos los ramos del gobierno no sólo la provincia de Guayaquil, sino igualmente la de Cuenca. La gran masa de los habitantes no se acomodó nunca con este estado de cosas y sus representaciones a la corona dieron por resultado la rotunda aclaración de Su Majestad: "Siempre debió entenderse" dice, "que la provincia de Guayaquil perteneció en lo militar a la presidencia de Quito".

Como se ve, esta real cédula es del 23 de junio de 1819; pero ya en 1807 los vecinos de la ciudad habían representado al gobierno peninsular cómo la arbitraria agregación al Perú de ella y de toda la provincia causaba malestar en los habitantes por el pesado yugo a que estaban sometidos, y suplicaron al rey que mandara agregar la provincia a la presidencia de Quito como estaba antes. Esto dio por resultado otra declaración categórica de la corona en el sentido dicho. Las aspiraciones desorbitadas de los peruanos dieron lugar a incidentes trascendentales de que se dará cuenta después.

Otro partido Guayaquileño era el de la constitución de la provincia en estado independiente: "una ciudad y un río", dijo Bolívar, "en calidad de soberanos en el concierto de las naciones".

Apuntaremos por ahora que a la transformación de Guayaquil los realistas se movieron contra sus débiles fuerzas. Urdaneta fue vencido en Huachi el 22 de noviembre. El 20 de diciembre sufrieron otro revés los patriotas en Verdeloma. En Tamizahua fue derrotado, prisionero y ejecutado el argentino coronel José García.

Capítulo V

1821-1822

CAMPAÑA DE BOMBONA

R E S U M E N

La misión del coronel Diego Ibarra ante San Martín — Cartas al Protector y a Cochrane — Organización de la campaña del Perú — Se propone Bolívar marchar en persona por Panamá — Lo llama el congreso del Rosario de Cúcuta — Se frustra el plan de su marcha y de la expedición por Panamá — Nuevo plan de marcha por tierra hasta Cali — Preparación de la campaña del sur — Bolívar notifica a don Vicente Roca fuerte su marcha sobre Quito y Guayaquil — Retroceso desde la Mesa — Utilidad de su movimiento retrógado — Asegurada la custodia y conquista de regiones irredentas, se prepara para seguir al Perú — Ordenes para asegurar el buen éxito de la expedición al sur — Parte el 13 de diciembre de 1821 en dirección a Buenaventura — Sucre se embarca para Guayaquil con 650 hombres — Bolívar recibe en Popayán el acta de independencia de Panamá — Renuncia a viajar a Guayaquil por mar — Contraórdenes a las tropas que venían a Cali — Resuelve seguir por tierra a la campaña de Quito arrojando el valle del Patía y a los pastusos — Carta en que se queja a Santander de la deficiencia en prestarle ayuda — Su petición para que se castiguen los muchos crímenes de las autoridades del Cauca — El canal por el Atrato y el San Juan — A pesar de la carta a Santander resuelve partir a la campaña de Pasto — Iniciativas diplomáticas con Mourgeón — Sometimiento del obispo Jiménez de Padilla — Atracción de José María Obando — Parte con 3,000 hombres — Fuerte tributo a las enfermedades — Deserciones — Absurda comparación de Bolívar con Tamerlán — Busca el camino escabroso del Patía — Busca vado por donde pasar el Guáitara para elegir campo de lucha propicio — Dilema que se le presenta: retroceder o arriesgar una batalla: opta por lo último — El error fatal del general Pedro León Torres — La batalla de Bomboná — El desbande realista — Los muertos y heridos — Conatos de armisticio — El Libertador se retira primero al Peñol y finalmente al Trapiche.

EL LIBERTADOR no podía dejar una hora sin agregar un capítulo a la historia que venía escribiendo desde hacía más de once años con su espada y su abnegación, su pensamiento y su pluma. Las noticias que recibía del Sur eran el más agudo acicate para su

corcel andariego. Hemos visto que antes de ausentarse de Bogotá para los trabajos y campaña que tuvieron glorioso coronamiento en la segunda y definitiva de Carabobo, había designado a Sucre para que se hiciese cargo del ejército de Manuel Valdés destinado a pacificar el sur de Colombia. Al saber luego los reveses sufridos por las tropas de Guayaquil ordenó al futuro gran Mariscal que se moviese hacia esa ciudad como base para defender la conquista de su próceres y liberar toda la presidencia de Quito. Como ya se ha visto, durante el tiempo del armisticio que siguió a la conferencia de Santa Ana con Morillo, contaba con marchar al sur en persona y así lo anunció desde Bogotá a don Vicente Rocafuerte el 10 de enero de 1821: consideraba el futuro como presente: “estoy en marcha para Quito y Guayaquil. El general Valdés me precede con la vanguardia del ejército del sur y el general Sucre lo seguirá de cerca. Mandó al general Mires a Guayaquil con auxilios a esa patriótica provincia”. Muy en lo justo cuanto dice, excepto su marcha al sur, pues como se ha visto, casi a la salida de Bogotá, en la Mesa hubo de desandar el camino, para atender a los comisionados regios Sartorio y Espelius con quienes nada consiguió. La intransigencia era mutua. Los comisionados no entendían de autonomía americana y el Libertador estaba firme en su posición: sin reconocimiento previo de nuestra soberanía no intentaré comenzar siquiera conversaciones para cesar en la contienda armada. Así es que no hubo sino resignarse a que la espada dirimiese el conflicto, y él veía ahora con tres años de anticipación tremolar el pabellón de Ayacucho en la cima del Potosí como lo había visto desde 1814 en la asamblea de Caracas y en 1817 en las márgenes infaustas de la laguna de Casacoima.

El regreso del Libertador a Bogotá y Venezuela no fue inútil ni significó pérdida de energías, tiempo o laureles: Sucre estaba en camino de afirmar las coronas colombianas y preparar la entrada triunfal de las fuerzas con el Libertador a la cabeza, en Quito y Guayaquil.

Por otra parte el movimiento retrógrado llevó a la ruptura del armisticio de 1820, a la liberación total de Venezuela, a la conquista de Cartagena y al acrecimiento del prestigio del ejército colombiano.

Después sí, asegurada la existencia de las dos grandes secciones de Colombia, pudo dedicar más cuidados a la campaña del Sur. ¡Qué importaban brotes realistas como los de Coro, Puerto Cabello, Ocaña, Mompox, Chiriguana y Cumaná!

Para contenerlos y anonadarlos estaban el coronel Justo Briceño, el coronel Manrique, el general Páez, el general Montilla, con Padilla y el general Bermúdez. Lo más importante era iniciar en firme la nueva campaña. Adelante Bartolomé Salom y Jacinto Lara hacia Bogotá. Hacia esta capital partió él mismo a esperar a sus tenientes y disponer todo lo concerniente al aumento de las tropas, pues se proponía soltar las bridas de su cabalgadura hacia Buenaventura para embarcarse allí con no menos de 4,000 unidades hacia Guayaquil.

Ya llegó a la capital de la república a esperar a Lara y Salom con los batallones de la Guardia, Rifles y Tiradores, y cuatro escuadrones de caballería. ¿Espera de descanso y reposo? De ningún modo. Una campaña como la que se espera no se lleva a cabo así como así solamente. Su tiempo lo emplea en organizar y asegurar la empresa. Ordenes a Santander y a los gobernadores del tránsito de la Guardia para auxiliarla con más tropas; providencias para completar y aumentar el equipo; previsión para ir dando reemplazos a medida que las fuerzas avancen al sur y para obtener dinero con que pagarlas, para fabricar banderas y lanzas, para remitir ropa, para tener listos los sitios adecuados para pernoctar. “Si todas las órdenes mencionadas” dice Lecuna después de detallarlas, “se hubieran cumplido exactamente, Bolívar a la cabeza de 4,000 hombres habría arrollado fácilmente a los reclutas de Pasto y enseguida a los de Quito, pero no fue así. Como la república se hallaba bajo el régimen constitucional, sin ejercer la presidencia no podía apremiar a las autoridades de las provincias y por tanto la mayor parte de sus disposiciones quedaron sin efecto, y la campaña se hizo en condiciones deplorables”, prueba sin réplica de que sin la mano omnímoda de un jefe o caudillo es muy difícil dar cima a obras como la que tenía entre manos Bolívar, y que sin esa dictadura benéfica no la habría coronado en Venezuela y Nueva Granada como no la habría coronado más tarde en el Perú.

Monta su corcel el 13 de diciembre de 1821 y lo conduce por el camino que lleva a Cali. Es claro, pretendía, como se ha dicho, embarcar las tropas en Buenaventura para hacer el fácil recorrido por mar hasta Guayaquil a unirse con Sucre.

Los reveses sufridos por las tropas de la junta de gobierno de Guayaquil habían determinado al Libertador mientras se hallaba en Bogotá, a comisionar a Sucre para el auxilio de la provincia y la conquista de Quito, así que este último embarcó el dos de abril (1821) en Buenaventura con 650 soldados. Contratiempos y escase-

ces no le permitieron arribar a Guayaquil antes del 7 de mayo. En esta ciudad pudo aumentar sus fuerzas a 930 unidades.

Bolívar, pues, con excelente plan de campaña, ahora buscaba reunirse con Sucre embarcando su gente en Buenaventura para Guayaquil evitando así los mortíferos valles del Patía, del Juanambú y del Guáitara, y a los indómitos pastusos, enfermedades y deserciones. Y pensaba: con nuestras fuerzas combinadas libertaremos a Quito; así quedarán rodeados e inutilizados los pastusos por nuestros vencedores y los veteranos de la Guardia que quedarán en Cali; Guayaquil entrará en su deber, dejando sus vacilaciones entre Colombia, a quien pertenece, y el Perú, o su autonomía a donde tiende su junta gubernativa; y redondeando de hecho el mapa de la república de Colombia como lo está de derecho, quedaremos en perfecta capacidad para trasladarnos a la tierra del sol a cooperar eficazmente con el gran San Martín, asegurar la precaria independencia de ese país y afirmar la de Colombia, los estados del río de la Plata y Chile.

Pero he aquí que entonces se anunció lo inesperado. Habían tenido lugar entre tanto los movimientos de Mourgeón, ignorados hasta entonces en muchos detalles por el Libertador. Aquél había desembarcado en Esmeralda, dirigiéndose a Quito y dejado las fragatas Prueba y Venganza cruzando y vigilando la costa. De buques adecuados para hacerles frente carecía la república. La perplejidad, si la hubo, fue de corta duración: entre exponerse para trasladarse a Quito, a captura en el mar y arrostrar las incomodidades del camino terrestre al través del valle del Patía y frente a la temible barrera de Pasto, donde sabía que su genio y el valor y pericia de sus hombres habían de salir airosos, la elección era manifiesta. Dio sin pérdida de tiempo orden a las tropas que venían a unírsele, de que contramarchasen a Popayán, base de la nueva dirección de operaciones. Es indispensable ahora que Sucre invada a Cuenca aliviando así la presión de Quito sobre Pasto, haciéndolo atender a la vez a dos frentes: Pasto y Cuenca.

Algún tiempo permaneció en Cali, donde llegó el 1 de enero, (1822). El día 2 conocedor de los arrestos independentistas o peruanistas de la junta de Guayaquil ofició a ésta para exigirle perentoriamente la proclamación de Colombia, y en la misma fecha dirigió a su presidente Olmedo el segundo de sus magníficos alegatos encaminados a impedir la defección de un territorio colombiano amenazado por gran número de nativos y las intrigas de los peruanos que obraban sobre el ánimo débil de San Martín, quien había acreditado agentes con instrucciones de promover la anexión

al Perú. El Libertador dejó sentados clara y enérgicamente, sin ambages ni vacilaciones los principios que amparaban el derecho de Colombia: “. . . las cartas que usted se ha servido dirigirme me han llenado siempre de satisfacción: un verdadero ingenio las marca como de una pluma tan sencilla como elevada y de un hombre que tiene la bondad por carácter y lo sublime por divisa. Mucho me duele tener al mismo tiempo que molestar a un amigo que yo amo. Hablo de las comunicaciones que dirijo tanto al gobierno como al general Sucre. Por ellas verá usted que exijo el inmediato reconocimiento de la república de Colombia, porque es un galimatías la situación de Guayaquil. Mi entrada en ella en tal estado sería un ultraje para mí y una lesión de los derechos de Colombia.

“Usted sabe, amigo, que una ciudad con un río no puede formar una nación: que tal absurdo sería un señalamiento de un campo de batalla para dos estados beliciosos que lo rodean. Usted sabe los sacrificios que hemos hecho en medio de nuestros propios apuros para auxiliar a Guayaquil, que Colombia ha enviado allí sus tropas para defenderla; mientras que el Perú ha pedido auxilios a ella. Quito no puede existir sin el puerto de Guayaquil, lo mismo que Cuenca y Loja. Las relaciones de Guayaquil son todas con Colombia. Túmbez es límite del Perú, y por consiguiente, la naturaleza nos ha dado a Guayaquil. Que no se diga que una insurrección espontánea ha variado los derechos: en muchas épocas muchas ciudades han hecho otro tanto, y no mostraron deseos extravagantes. Maracaibo ha dado el ejemplo de lo que se debe hacer y no ha imitado a Guayaquil.

“Todo lo que el derecho más lato permite a un pueblo comprendido bajo una asociación o bajo límites naturales es la completa y libre representación en la asamblea nacional. Toda otra pretensión es contraria a los derechos sociales. Además, la política y la guerra tienen sus leyes que no se pueden quebrantar sin dislocar el orden social. Por estas y otras muchas consideraciones me he determinado a no entrar en Guayaquil sino después de ver tremolar la bandera de Colombia, y yo me lisonjeo de que usted empleará todo el influjo de su mérito, saber y dignidad para que no vea Colombia un día de luto, sino por el contrario, sea Guayaquil para nuestra patria el vínculo de la libertad del sur y el modelo más sublime de una profunda política y de una moderación inimitable”.

Dejamos para después reanudar los complicados asuntos políticos y bélicos de Guayaquil y empalmarlos con los intereses de Colombia y las expediciones de las fuerzas colombianas.

Como ya se ha dicho la revolución de Panamá se consumó el 28 de noviembre (1821). El Libertador no tenía noticias de ella todavía el 6 de enero de 1822 y entre urgentes observaciones y representaciones a Santander le decía: “La expedición al Istmo por esta parte no se hará tan pronto a menos que Lord Cochrane no tome las dos fragatas de guerra que están en Panamá. En este caso se hará inmediatamente; pero por allá debe hacerse siempre, aunque se pierda, pues hay el recurso de hacerla yo después con fuerzas muy superiores”. No fue sino el 29 de enero cuando recibió el acta de independencia y fue tan honda su alegría ante este hecho que daba alivio a una grave preocupación, que el 1 de febrero dedicó a Fábrega en una carta entusiástica aquellas famosas frases: “La acta de independencia de Panamá es el monumento más glorioso que puede ofrecer a la historia ninguna provincia americana. Todo está allí consultado; justicia, generosidad, política e interés general”.

Desechado completamente el propósito de llegar por mar a Guayaquil para hacer la campaña de Quito en unión con Sucre, la tarea de Bolívar tuvo que ser de lo más enojosa. Le fue indispensable dictar contraórdenes para anular su plan de campaña y disposiciones anteriores. Las tropas que venían en camino de Cali hubieron de tomar otro derrotero hacia Popayán. Sólo 600 hombres pudieron embarcarse en Buenaventura para Guayaquil. “Yo creo”, dice a Santander, “que los buques de Mourgeón tienen interceptada la comunicación con Guayaquil y ojalá no cojan nuestros 600 reclutas que es todo lo que se ha podido coger después de las medidas más terribles”. Unase a esta dificultad para la recluta la sordera de Bogotá para escuchar sus urgentes pedidos de hombres con que reemplazar a los enfermos en esas regiones mortíferas del Patía, a los rezagados y desertores que escarmenaban las filas. Y se desesperaba el Libertador, aunque no diremos que desesperaba del buen éxito final de la empresa. Santander le notificaba formalmente que la escasez de fondos no le permitía auxiliarlo con los hombres y recursos que con urgencia le exigía; las autoridades de toda la vasta área de sus marchas se mostraban indiferentes a sus requisitorias: los pueblos no habían acabado de despertar a los ecos de las trompetas republicanas. Regresar a Bogotá y asumir el mando presidencial habría sido un expediente completamente eficaz para cumplir sus necesidades de tropas y recursos, que los habría creado de la nada como los creó en Venezuela bajo el imperio que le daba su investidura de jefe omnímodo que le permitió vencer en circunstancias mucho más adversas que las presentes. Pero este paso seguro habría creado situación incómoda a la nación, como que equival-

dría a una censura pública del gobierno, y las facciones internas habrían levantado al punto la cabeza.

La llegada de Mourgeón con 7 naves para intentar la reconquista española le hacía temer el embarcar en Buenaventura sus escasas fuerzas. Permanecer en Cali era otro expediente que se le presentaba, a la espera de refuerzos que había pedido y no llegaban. La alternativa final era hacer la marcha hacia Quito por Popayán y el Patía, el Mayo y el Juanambú, el Guátira y los Pastos, a sabiendas de que las regiones mortíferas con sus caminos breñosos que atravesaría tendrían influencia fatal sobre la salud de sus hombres, que no podrían en gran proporción escapar a las calenturas y la disentería o el destrozo de sus pies v fatiga e inutilización consi-

to en un sitio de espera en donde el contagio estaba ya haciendo

estragos, y la muerte diezmando sin piedad, era preferible para la

tomar ganado del Cauca, cuanto hay, sino porque 4,000 hombres buenos y malos consumen mucho diariamente.

“Mi resolución definitiva, es, pues, que marche el general Valdés con todas las tropas a ver si puede tomar a Pasto o a los Pastos, y que me espere allí hasta que yo llegue con los refuerzos que espero que me traiga Lara, en hombres y en dinero. Por supuesto, el primer artículo es el batallón de Artilleros con cuantos reclutas y veteranos hay en esa capital y con treinta o cuarenta mil pesos que deben salir al segundo día de haber llegado Lara a Bogotá. Tuerto o derecho, esto debe hacerse sin remedio alguno, de cualquier modo que sea, y sin esperar por nada. El segundo artículo es, que tras de Lara venga el completo de dos mil hombres y treinta mil pesos más, todo conducido velozmente, y con alpargatas, con cartucheras, si las hay, cartuchos de calibre de 18 en libra, gorras para los reclutas y aun vestidos siquiera de manta. Si hay buenas piedras de chispa, que vengan, porque las que han mandado no sirven para nada; que vengan los señores tenientes Gomecito y Gaitán, que los han dejado injustamente en esa ciudad, y cuantos oficiales veteranos haya en Bogotá. Obre usted, mi querido general, en la inteligencia de que cuando venga Lara ya estará consumada la derrota del general Valdés, que es tan probable como la revolución de España o la derrota de Jenoi, porque las medidas que están tomando los enemigos son las de Boves, mientras que nosotros estamos imitando a don Camilo Torres. Usted me preguntará que ¿porqué mando a Valdés si va a ser destruido? Y yo le responderé que por la misma razón que pasé por el páramo de Pisba contra toda esperanza. Este ejército no puede vivir un mes más aquí porque se muere de enfermedad y de hambre. De hecho irán dos mil hombres más al hospital y dos mil enfermos comen y gastan mas que cuatro mil buenos. En esta situación es mejor que el general Valdés se vaya a correr la aventura o a echar dados en un país, que por lo menos, es sano—se entiende del otro lado del Juanambú o Guáitara. Yo me quedo para poder preparar la nueva expedición, porque cada día me convenzo más que sin autoridad no se hace nada, y que donde no estoy yo todo sale tuerto. Si yo hubiera estado en el Magdalena el batallón Tiradores hubiera venido, el señor Clemente hubiera ido a Maracaibo a su tiempo; si yo hubiera estado en Bogotá los soldados no tendrían destrozados todos los pies, y no marcharían ahora así despedazados sin alpargatas, al Juanambú; hubieran traído agujetas para destapar los oídos de los fusiles, sin lo cual no hay combate, y si yo no estuviera aquí le aseguro a usted que no se habrían podido construir las tales agujetas ni deshacer todos los cartuchos para hacerlos de nuevo, no

habiendo papel a mano y no habiendo balero para rehacer las balas que son de diez y seis y diez y siete, pero yo he remediado a todo con las mañas que me he dado. Si yo hubiera estado en Cartagena, Montilla no habría mandado fusiles de un calibre y municiones de otro, y aun estando yo aquí, no hallo el modo de contener la progresión del mal, en un ejército que vuela a su ruina, a pesar de que no hago más que cavilar noche y día, soñando y pensando sin cesar.

“Lara deberá dejar prevenido en el tránsito todo lo que necesite para la marcha de su columna, para lo cual lleva una autorización plena. También deberá recoger todos los convalecientes de los cuerpos que hayan quedado por la espalda, y todo, todo, cuanto encuentre por delante para formar la reserva.

“Ya veo que esta carta va a molestar a usted mucho; pero más costaría de pena y sacrificios la llegada de Mourgeón a Bogotá; y con todo esto, adiós”.

No creemos que Bolívar con esta misiva con tanta franqueza escrita pretendiese achacar a Santander indiferencia o culpable abandono para proveerlo de cuanto el ejército necesitaba y él pedía: bien conocía la escasez en que la guerra había dejado al país, y que no era posible a nadie que no fuera él improvisar, puede decirse, elementos de la nada. Sus cualidades excepcionales eran sólo patrimonio suyo.

No era exclusiva de los asuntos de la proyectada campaña sobre Quito su atención y vigilancia. Atadas como tenía las manos por obra de la constitución y la ley, se convenció, sin poderlo remediar de la ola de crímenes e inmoralidad corrientes, obra de cuantos estaban de algún modo investidos con autoridad y mando y su indignación estalló en una amarga representación al secretario de justicia, que dictó a su secretario José Gabriel Pérez, para excitar al gobierno a que pusiese término a ese estado de cosas impune de que se le quejaban todos los habitantes: “Asesinatos, estupros, violencias, robos, y, en fin, todo género de crímenes se han cometido aquí, unos por los jefes y otros por los subalternos. No hay ejemplo de un solo castigo ni de la persecución de un delito. El crimen y la impunidad marchan juntos, y las leyes sin ejercicio duermen profundamente”.

Esta temporada preparatoria de la campaña hacia el imperio del sol muestra un compendio de las diversas dotes y aptitudes de Bolívar. No ya detenía su atención sobre las necesidades que aquejaban al ejército, su aumento, su sanidad y conservación, ni sobre

el ~~estado moral~~ del país envuelto en la licencia y el vicio; sino en obras materiales de índole tan diferente como el canal interoceánico.

El gobernador del Chocó, coronel Cancino, había tenido noticias por el cura de Navilla, del pequeño espacio de unos cinco ~~kilómetros existente entre las cabeceras del río San Juan que corre~~

hasta desembocar en el océano Pacífico y el Atrato, que vierte sus aguas caudalosas como las de aquél, en el Mar de las Antillas. Llegado al Cauca el Libertador, el gobernador Cancino le informó oficialmente de ello, pero no teniendo tiempo, en la urgente necesidad de proveer a los asuntos de la campaña que preparaba, para ocuparse detenidamente en un vasto proyecto de comunicación interoceánica, quiso dejar sentados sólidos preliminares para poner toda su energía y talento en empresa de tanta envergadura para el país y para el mundo entero. Pensaba estar de regreso en el mes de octubre. Mientras tanto ordenó a Cancino tomar "noticias ciertas, informes exactos, prolijos y circunstanciados de cuanto es necesario para esta importante obra consultando a los prácticos en los lugares". Los instrumentos necesarios para el trazado del Istmo que separa los dos ríos, para hacer las diversas picas y poner las corrientes hacia los demás puntos en donde pudiera también abrirse el

Retrocedamos unos días en nuestra crónica. El general Juan de la Cruz Mourgeón había llegado a Quito el 24 de diciembre de 1821, con 800 expedicionarios después de una esforzada marcha por en medio de sitios ásperos y montañas intransitables. Todas las noticias sobre este general confirmadas por sus actos lo caracterizan como un militar caballeroso y humano. Tan pronto como llegó a la sede de su gobierno lo marcó con notas de generosidad: liberó sólo bajo su palabra de honor de no tomar las armas contra el rey, a los prisioneros patriotas en poder de los realistas e hizo a Bolívar proposiciones de canje. Pero estas proposiciones se cruzaron con la que éste le hacía mediante los comisionados general Juan Paz del Castillo y coronel Antonio Obando, por lo que los comisionados no fueron recibidos por el capitán general.

Desde el 13 de febrero Bolívar había impartido órdenes a O'Leary para que se trasladase a Panamá y condujese a Esmeraldas o Guayaquil cien hombres para cuya entrega le daba instrucciones verbales; fuerzas provenientes de las que habían llegado con Carreño después de la sublevación istmeña del 28 de noviembre.

A Cochrane, almirante de la escuadra chilena, ofició también encareciéndole la importancia de destruir las pocas unidades navales españolas que pululaban en el Pacífico, y finalmente no dejó de lado intentar el recurso diplomático para lograr ventajas incruentas, como ya se ha visto.

Pero si los movimientos diplomáticos fallaron con Mourgeón así como con Aymerich, antecesor y sucesor luego de Mourgeón, tuvieron un victorioso resultado con otros elementos. El obispo de Popayán, señor Salvador Jiménez de Padilla, había sido uno de los realistas más perniciosos. Sus prédicas y consejos pasaban en ocasiones muchísimo más allá de lo que es compatible con el sagrado ministerio y sostenían hasta el punto más alto el truculento fanatismo de los pastusos, y Bolívar convirtió su saña demoníaca en los más mansos sentimientos de amistad y adhesión al Libertador y la causa de Colombia. Igual cosa ocurrió con el coronel realista José María Obando, de gran prestigio entre los guerrilleros de esos lugares por su valor y el conocimiento íntimo de todos los lugares de su escenario. El Libertador lo aceptó en el servicio patriota con su mismo grado. ¡Quién le hubiera profetizado que los instintos criminales que en él habían fermentado al amor de las breñosas montañas y pasos del Juanambú y Guáitara sólo se habían adormecido, pero quedaban vivos en sus entrañas para asestar, ocho años más tarde, con el asesinato del gran Mariscal de Ayacucho, uno de los

más tremendos golpes que sufrieran Colombia y el prestigio de la historia americana!

Estamos a 8 de marzo. Tres mil hombres tiene Bolívar preparados ya para la valerosa marcha. Ya él había vaticinado que no le quedarían las dos terceras partes, dos mil soldados, para hacer frente a la batalla decisiva frente a Pasto. Y así ocurrió puntualmente. Las huellas de su paso quedaban marcadas con los hospitales sembrados a todo lo largo del camino: Tambo, Yeguas, Miraflores, Mercaderes, Taminango, fueron sitios escalonados para establecer los hospitales.

Diez mil pesos mensuales requería Bolívar de Santander “para gastos de los hospitales y de todos los que dejemos en nuestra marcha a Quito, que serán bien numerosos. La orden debe ser al jefe que mande aquí (Popayán) que tome lo necesario y envíe el resto a los otros que queden en el tránsito, sin reservarse más que lo muy necesario”. No sabemos si el vicepresidente pudo cumplir la exigencia, pero aunque así fuese ¡qué menguada suma para tantas necesidades! Datos como éste, repetidos diariamente en la gesta boliviana, aunque parezcan intrascendentes, merecen destacarse en relieves visibles, porque atestiguan los esfuerzos inauditos que tuvo que realizar, unos en sentido material, otros en el terreno moral, otros en el campo puramente militar y todos con su talento multiforme puesto sin regateos a disposición de una de las más grandes hazañas de la historia. Sólo en lugares de América del Sur, donde la historia se escribe con criterio y tendencia nacionalista, con el propósito de demeritar al hombre más grande que produjo América, puede haberse ocurrido comparar sus campañas con las de un Tamerlán semi bárbaro conquistador con huestes empujadas a la aventura del machete y la rapiña. Los métodos de Bolívar, al contrario, eran civilizados hasta el punto de ganarle en esta campaña la simpatía de gran cantidad de los antes tercicos y apasionados fanáticos del rey de España. Un Tamerlán hubiera pasado por sus campos talando, asesinando y robando para adquirir cuanto había menester en la grande y casi de otro modo irremediable penuria de que adolecía. El Libertador no permitía que se tocara propiedad ajena sin satisfacer adecuadamente su valor, haciendo así honor a la justicia, a la honradez y a su palabra empeñada por medio de sus proclamas y sus agentes: método que necesariamente hacía escasos los recursos de boca y elementales objetos de comodidad de que pudieran disfrutar sus tropas.

Y se mueve en medio de estas penurias y las incomodidades del mortífero clima, en busca del triunfo contra Pasto y el jefe de sus

tropas reales, el coronel Basilio García, evitando hasta lo posible sus valientes e indómitas guerrillas. Y ha vadeado el Juanambú y estableciéndose en el Peñol. Estamos a 24 de marzo. Adelante, camino hacia el Guáitara. “Si la naturaleza se opene . . .” Mientras tanto, no descuenta un revés imprevisto. ¡Que se reparen los caminos hacia Popayán . . .! Y Bolívar continúa su ruta descendente buscando un vado en el Guáitara para aprovechar del otro lado un sitio apropiado donde dar la indispensable batalla. ¿Por dónde había de vadear el tremendo río? El Puente de Veracruz está destruido por los realistas; el otro, el de Yacuanquer está intacto; pero el veterano coronel García ha logrado interponerse entre el Libertador y el puente: el paso del río está impedido. Si Bolívar persiste en la campaña tendrá que aceptar la batalla que el realista le ofrece en posiciones inteligentemente escogidas y preparadas: las lomas de Cariaco con fortificaciones de piedra preparadas a la izquierda de sus líneas, la protección de las faldas del volcán Galeras a su flanco derecho y la profunda quebrada de Cariaco al frente, natural defensa reforzada por cantidad de árboles abatidos que hacen doblemente arduo el avance de los enemigos.

Si ante esa posición a primera vista inconquistable el Libertador optaba por contramarchar y volverse a sus abandonados reales de Popayán, las consecuencias de esa derrota incruenta serían la unión del ejército Pastuso con el de Aymerich (en esos días moría Mourgeón) para aplastar a Sucre, el desvanecimiento de sus fuerzas, no ya en la lucha gloriosa con los hombres sino en las garras del demonio de la deserción, quemadas al fuego de las fiebres, despedazadas por las forzadas marchas en que la necesidad y el cansancio se unirían contra ellas en maridaje infernal, acribilladas por las guerrillas realistas y por el ejército, conocedores de los caminos palmo a palmo, perdido el sólido prestigio conquistado por los valientes de Colombia en tantos años de sacrificio, comprometida la libertad de la América entera, apagado el brillo de sus coronas relucientes. “. . . Si la naturaleza se opene . . . si los hombres se atraviesan en nuestro camino . . .”

La alternativa no era dudosa. ¡Adelante a morir y a vencer! Es el 7 de abril de 1822. Bolívar, en las primeras horas del día, divisa desde la orilla derecha de la quebrada de Cariaco la columna de García que busca colocarse en una altura inmediata. “General Torres, sin que su vanguardia se demore en almorzar vadee usted la quebrada y tómese esa eminencia antes que la ocupe el enemigo. Yo contramarcho a activar la llegada de la segunda división para reforzar su acometido?” Pero cuando volvió con los batallones de

refuerzo halló la vanguardia almorzando mientras el enemigo ocupaba la estratégica altura. En raptó de profunda cólera increpa el Libertador a su teniente, lo destituye del mando de la vanguardia e inviste de su jefatura al coronel Barreto. Torres rompe su espada, arrebató un fusil a un soldado y exclama: "General, interpreté mal sus órdenes. Si no soy apto para servir a la patria como jefe estoy listo para demostrarle mi valor como soldado". Triunfó así del Libertador, que depuso como por encanto su cólera y lo restituyó a su puesto: "Yo no guardo rencor contra nadie. Mis cóleras son como el rayo que pasa con el relámpago que lo acompaña . . ."

El choque tenía que ser furioso. Ambos contendores se equilibraban en efectivos humanos; alrededor de dos mil hombres cada uno. García llevaba grandes ventajas a los independientes: las posiciones naturales, jamás igualadas; sus fortificaciones preparadas con tiempo y pericia; la abundancia de recursos para la tropa. Bolívar confiaba en el heroísmo y entusiasmo de su gente. Basilio García apoyaba su ala derecha en el volcán Galeras, la izquierda en el torrentoso Guátara. En el frente tenía la defensa de una honda cañada provista sólo de un puente bien defendido, hecha todavía más difícil de atravesarse por una abundante cantidad de gruesos árboles abatidos sobre ella. Obras artificiales de piedra complementaban las defensas que le proporcionaba la naturaleza. Pero "isi la naturaleza se opone, si los hombres se oponen . . .!" Bajo la firme dirección del presidente de Colombia, Valdés con el Rifles ataca por la derecha a García, escala el volcán Galeras ayudándose los soldados de sus bayonetas, salta por sobre los parapetos artificiales de piedra y a culatazos y bayonetazos o despeñándolos por las defensas pétreas naturales, da cuenta de sus defensores. Ramírez y Wright coronan victoriosos la cima del volcán. Torres al mismo tiempo ataca la izquierda y el centro del enemigo. El fuego realista barre sin piedad a esos héroes: fue una lástima el error de Torres, que permitió a los realistas posesionarse de la altura tan importante. Pero con su habitual intrepidez atravesó el puente con los pocos oficiales y tropa que perdonaba la metralla. Torres cayó malamente herido. Le sucedió Carvajal, quien sufrió la misma suerte. París, comandante del Bogotá cayó también atravesado por el plomo. Luque le sucedió y fue también abatido. García, del Vargas, fue también víctima de su valor y siguió peleando como soldado a pesar de estar herido. Al acercarse la noche, el enemigo, cortado y flanqueado, se encontraba en completa derrota. El desbande realista no se hizo esperar, aunque sus bajas eran insignificantes comparadas con las de los patriotas: peleaban atrincherados. El coronel Basilio García huyó hacia Pasto con 70 hombres. El resto de sus

efectivos salvados fue conducido por su jefe de estado mayor, Pantaleón del Hierro.

Pero las pérdidas de los realistas fueron con mucho inferiores a las de Bolívar, quien tuvo que llorar las bajas por muerte o heridas de por lo menos cuatrocientos hombres, con un elevado porcentaje de jefes y oficiales. Así los sintetiza Lecuna: "Su total ascendió a un general, un coronel, seis tenientes coronales, diez y seis oficiales y trescientos diez y siete soldados heridos y ciento diez y seis muertos, contados el día 8 según el diario del estado mayor no destinado a la publicidad. Restrepo dice que según los partes oficiales hubo trescientos cincuenta y siete heridos y ciento setenta y cuatro muertos, cifras en su sentir, disminuidas". Los realistas en cambio sólo tuvieron doscientas cincuenta bajas.

Grande fue también el contraste sufrido por García, por lo que no se atrevió a reanudar el ataque al día siguiente; pero quiso hacer a Bolívar una demostración de superioridad con la baladronada de ofrecerle salvoconducto para Popayán si se retiraba de Cariaco o Bomboná. Aprovechó el Libertador la oportunidad que así se le presentaba, para iniciar la celebración de un armisticio que no pudo concertarse sino por 8 días que aprovechó para establecer el hospital para los heridos que no podían ser llevados, los cuales quedaron recomendados al jefe enemigo, con recursos suficientes para su cuidado y mantención.

En su marcha retrógrada hacia el Peñol tuvo que combatir una vez más con las enfermedades y las guerrillas que pululaban como enjambres de insectos, dándose el caso de que una de ellas adoptó en el hospital el sistema de Boves: asesinar a los enfermos que allí había.

Finalmente el ejército se estableció en el Trapiche. Había en todo esto una incógnita que acosaba a ambos contendientes: el resultado de la comisión de Sucre sobre Quito. García estaba en mejor posición que Bolívar, porque el camino hacia Quito, poblado de entusiastas defensores de su misma causa, estaba expedito para la comunicación de sus espías y mensajeros. Bolívar, rodeado de enemigos, permanecía en la incertidumbre, en la ignorancia de los éxitos o fracasos de su lugarteniente. Había de parte de aquél expectativa inteligente. Ya que el movimiento de su rival le impidió agregar sus tropas a las de Aymerich para aniquilar a Sucre, so pena de ser aplastado en medio de los dos patriotas convergentes, le quedaba ahora esperar el resultado de la campaña sobre Quito para obrar según mejor conviniera a sus intereses. Esta fue, además

del resultado lastimoso en que lo dejó Bomboná, la razón de la tregua que observó.

Para establecer la concatenación necesaria de los sucesos, dejemos a Bolívar en el Trapiche y rescñemos la campaña de Sucre desde que recibió la comisión que había de ser el firme estribo de su gloria.

Capítulo VI

1820-1822

PICHINCHA

R E S U M E N

Derrota de Luis Urdaneta en Huachi — Derrota de José García en Tanisahuat. Su ejecución por los españoles — Tendencias anexionistas e independentistas de Guayaquil — Intrigas peruanas — Mires despachado con mil fusiles a Guayaquil — Bolívar ordena a Sucre pasar a Guayaquil — Convenio de la Junta con Guido — Convenio de la junta con Sucre — Anula el anterior — Sucre pide auxilios a San Martín — Reclama el batallón Numancia — Traición de Nicolás López — Victoria de Yaguachi — Sucre vuelve a Guayaquil — Derrota de Ambato o Huachi y pulverización del ejército patriota — Aymerich no aprovecha la victoria — Sucre reitera la petición del Numancia — Tratado de Babahoyo — Lo imprueba Bolívar — Beneficios que produjo — Motivos para no ceder el Numancia — Intento de investir a La Mar con la jefatura de las fuerzas y de la campaña — Carta de Olmedo a San Martín para objetar la medida — Movimiento de flanco de Sucre — San Martín ordena a Santa Cruz abandonar a Sucre — Sofismas que movían al Protector — Notas del ministro Monteagudo — La energía de Sucre impide el retiro de la división de Santa Cruz — La acción de Riobamba — Sucre provoca repetidamente sin éxito a combate — El contingente de Panamá — La batalla de Pichincha — Las dotes de Sucre.

EN UN CAPITULO anterior hemos visto que, disconforme con la actuación de Valdés, el Libertador despachó al general Antonio José de Sucre a hacerse cargo del ejército y la dirección de la campaña del sur de Colombia. Consignamos también que el Libertador, ya en marcha para el sur de Colombia, Quito y el Perú, en la Mesa se vio obligado a regresar al norte con motivo de la llegada de los comisionados regios Sartorio y Espelius. En diciembre de ese año de 1820 tuvo noticia en Barinas de los acaecimientos de Guayaquil, a quien no podía abandonar a su propia suerte. Sus insucesos fueron repetidos: en Huachi el coronel Luis Urdaneta sufrió

una derrota por el coronel Francisco González el 22 de noviembre. En vista de este desastre la junta de gobierno entregó el mando de los restos de su fuerza al coronel Toribio Luzuriaga, que con el general Tomás Guido habían corrido a Guayaquil por orden de San Martín a procurar la anexión del Perú. Con sobra de imprudencia Luzuriaga destacó una débil columna contra Quito bajo el mando de otro argentino, el coronel José García: fue totalmente batido en Tamizahua, el infortunado jefe degollado y su cabeza expuesta públicamente en Quito.

Pero aunque acaso a Bolívar no alcanzaron a llegar nuevas siquiera del primero de estos tristes sucesos, no es aventurado pensar que los presintiese. Lo que sí es más probable es que estuviera informado de la tendencia de la junta de gobierno hacia la formación de un estado independiente y de la activa intriga puesta en práctica por el general San Martín en nombre del Perú para anexarse ese territorio colombiano. Ya en Bogotá el Libertador, en los primeros días de 1821, ordenó a Mires, que estaba en el Sur, conducir por mar a Guayaquil mil fusiles con su dotación correspondiente y ponerse a las órdenes de la junta. Pero el paso más importante, acertado y previsor fue el relacionado con Sucre, cuya trascendencia no podrá nunca exagerarse.

Sucre, hemos dicho ya, fue trasladado del ejército del Cauca a Guayaquil, donde llegó el 7 de mayo de 1821 con sus seiscientos cincuenta hombres. Llevaba la misión de sostener y felicitar a la junta, presentarle la constitución de Colombia, demostrarle los derechos de ésta y enfrentarse a los realistas para asegurar la libertad de la provincia y realizar la de toda la presidencia de Quito.

Al mes siguiente había aumentado su fuerza a novecientos treinta hombres. Está ante la junta asegurado el prestigio de Colombia. Ella había formulado un acta a instancias de Tomás Guido, emisario de San Martín, el 30 de diciembre (1820), por la cual la provincia se ponía bajo la protección de este mientras durase la guerra y lo reconocía como jefe supremo de su ejército y su armada. No hacía declaración de anexión al Perú, por lo cual Guido no quiso firmar el convenio, lo que no obstó para que fuese considerado con entera validez. Previamente la junta de guerra había autorizado a otro de los comisionados del Protector, coronel Toribio Luzuriaga, para que se entendiera directamente con aquél hasta que la provincia decidiese a cuál de los dos países debía unir el estado sus destinos. El general San Martín ostentaba el principio de que era necesario dejar que los pueblos se diesen el gobierno que quisiesen.

Si el Protector hacía su obra vistiéndola de engañoso ropaje, si sus emisarios procedían con prepotencia y presión sobre la junta, Bolívar en cambio dio a Sucre instrucciones precisas acerca de los derechos de Colombia; y Sucre al cumplirlas se abstuvo de obrar con imperio, de violentar las opiniones de los miembros partidarios de la autonomía; y con sus métodos de buena fe, carácter amable y temperamento diplomático logró un convenio firmado el 15 de mayo, que por una parte anulaba el anteriormente celebrado con los agentes del Protector, y por otra ampliaba a favor de Colombia las facultades concedidas al Perú por el anteriormente concluido; porque se atuvo ahora a la protección de la república colombiana y “concedió a su excelencia el Libertador todos sus poderes para proveer a la defensa de Guayaquil y comprenderlo en todas las negociaciones y tratados de alianza, paz y comercio que celebrara con naciones amigas, enemigas o neutrales”.

Así, aunque la junta declaró que por la constitución que se había dado no procedía hacer la declaración de adherirse a la carta constitucional de Colombia que comprendía a Guayaquil en su extensión, daba un paso importantísimo en el camino de entrar “en el cumplimiento de su deber”.

Pero Sucre tenía que afrontar el peligro de la guerra con Quito. Sus recursos bélicos eran escasos para la empresa y no podía aumentarlos en un país agotado y pequeño; mientras Mourgeón y Aymerich tenían en pie de guerra 3,000 soldados que amenazaban, él no había podido reunir más de 1,700. En efecto, del norte no le llegaban los ofrecidos o esperados. Pero le era indispensable abrir la campaña contra Quito so pena de ver perecer a Guayaquil. ¿Qué hacer? Se le ocurrió un expediente: pidió a San Martín la ayuda de tropas que penetrasen por Cuenca y Loja y cooperasen a la liberación de Quito, haciéndole presente la gloria que en ésta cabría al ejército que comandaba el Protector. Esta nota fue del 13 de mayo, esto es, dos días antes del convenio con la junta de que hemos hecho mención: Sucre comprendía naturalmente, que de haber sido posterior a ese arreglo, más remotas serían las posibilidades de la ayuda que solicitaba. Sin embargo, ni así pudo ver satisfecha su demanda con todo y que le insinuaba que de venir en persona, sus tropas estarían orgullosas de marchar a las órdenes del Protector; y un mes más tarde repitió la demanda, esta vez de 800 ó 1,000 unidades. El Protector contestó evasivamente, sea porque no pudiese desprenderse de esos efectivos, sea para dar largas al asunto y esperar algún contraste de Sucre para obligarlo a entregarse enteramente él y la provincia a la tutela peruana. De la corres-

pondencia de Sucre parece desprenderse que él participaba de esta última creencia; pero la primera razón apuntada reclamaba también una seria y justiciera consideración.

Sucre reclamaba del Protector el batallón colombiano Numancia que estaba en el Callao; el Protector, que cifraba en esta fuerza veterana mucho de su seguridad, se abstenía de cederlo. Ultimamente, urgido de su suprema necesidad, el capitán colombiano se conformaba con aceptar las mencionadas 800 o 1,000 hombres, y le prometió la cooperación del Libertador en la independencia del Perú en cuanto terminase la guerra de Colombia.

Y comenzó la campaña con un contraste de bastante importancia. Comandaba un batallón de la Junta de Gobierno el capitán Nicolás López, contra las advertencias y consejos del teniente del Libertador, que bien lo conocía. Era López un venezolano que había militado bajo esa bestia humana llamada José Tomás Boves, y pasádose a las filas de la patria. Por lo que se ve, sus mañas naturales o adquiridas bajo la tutela, ejemplo y excitaciones de la fiera no habían logrado erradicarse, y llegó el momento en que el ímpetu incontenible lo llevó de nuevo al crimen. Sublevó en Babahoyo la marinería del Guayas, que se apoderó de la corbeta Alejandro, cañoneó a Guayaquil (19 de julio) y después de saquear el bergantín Sacramento desapareció. Perseguida por el comandante Luzarraga en el saqueo Sacramento y dos goletas, las presas fueron rescatadas. López no cayó sobre Guayaquil porque pronto tuvo noticia del fracaso de sus cómplices, pero en cambio se escapó con su batallón a unirse con Aymerich. Fue una pérdida de 800 hombres para el ejército colombiano.

Sucre tenía sus fuerzas acantonadas en Babahoyo y San Borondón. Ocurridas la sublevación y defección de López, tras de ordenar su persecución que no fue infructuosa, Sucre retrocedió a Guayaquil a poner orden en todos los asuntos. Reorganizó las fuerzas fluviales y terrestres. La traición de López hincha los ánimos realistas, y Aymerich destaca 3,000 hombres contra los independientes. Vienen en dos columnas que parten de Guaranda y Cuenca respectivamente. La superioridad numérica suele ser anulada por la concepción táctica del contrario. El realista intentaba aplastar al patriota oprimiéndolo por los flancos o triturarlo por la masa de los dos cuerpos reunidos. Sucre resuelve batir las dos columnas sucesivamente. Estaciona sus débiles unidades en Yaguachi cerca de Babahoyo para esperar a González que capitaneaba la columna de Cuenca y contaba con reunirse allí con Aymerich, conductor de la división que venía por Guaranda. El choque (18 de agosto de

1821) fue sangriento, y grande el botín en poder de los patriotas: 600 hombres aptos para aumentar sus filas, 619 fusiles y todo el equipo y pertenencias del enemigo. 152 fueron los muertos y 88 los heridos. El vencedor sufrió la pérdida de 18 muertos y 22 heridos. Tal fue la victoria de Yaguachi, que produjo en Guayaquil indecible entusiasmo y gratitud y levantó el ánimo de los amigos de Colombia.

Pronto los realistas tomaron desquite en el dos veces infausto sitio de Huachi o Ambato, como se verá luego.

Después de la victoria de Yaguachi, Aymerich, en vez de seguir camino de Guayaquil como lo imaginaba el vencedor, que esperaba así dar cuenta de sus divisiones con otra victoria, tuvo el acierto de emprender la retirada en dirección contraria. Sucre dio sus disposiciones tendientes a mantener sus tropas en orden mientras bajó a la ciudad para impedir cualquiera posible invasión usurpadora del sur, aprovechar el entusiasmo de la población que aclamaba a Colombia, y promover de una vez la incorporación de la provincia. Esto podía haberlo hecho usando del prestigio adquirido y con el auxilio de la fuerza, pero el expediente era ajeno a su carácter y métodos y dejó esa resolución a la deliberación premeditada de la junta, que sin embargo, lo nombró comandante militar, paso de no poca importancia en el desarrollo de las miras colombianas.

Luego vuelve Sucre al campamento, y activa la marcha de la gente contra Aymerich. Cerca de Ambato se trabó la pelea. El ímpetu Mires, desobedeciendo órdenes del jefe, desbarató el premeditado plan de la acción y con ello decidió la tremenda derrota. De los 1,000 hombres con que Sucre hizo frente al enemigo no le acompañaban al final más de 100. Esta fue la célebre derrota de Huachi o Ambato, del 12 de septiembre de 1821, que hizo perder en un instante mucho del desbordante entusiasmo y del gran prestigio conquistado por Sucre después de Yaguachi. Milagrosamente pudo escapar el general "aporreado y con su caballo herido" según expresa Encina.

A pesar de su magnífica victoria, Aymerich no se consideraba en terreno firme, y en vez de avanzar hacia Guayaquil siguió retrocediendo hasta volver a Quito: temía todavía el empuje de las huestes de Bolívar, que unos dos meses y medio antes (24 de junio) había obtenido la victoria definitiva de Carabobo; y no tenía tampoco cómo oponerse a la escuadra chilena de Cochrane que combinada con fuerzas de San Martín podrían pulverizarlo sin remedio.

Y Sucre se vio abocado a una situación casi desesperada y tuvo que acudir una vez más a pedir refuerzos, exigiendo de San Martín el batallón colombiano Numancia que éste se resistía a remitir por no verse privado de la más valiosa fuerza de su comando.

La mutua debilidad de los dos contendientes sirvió para robustecer a ambos y explica el armisticio propuesto por Tolrá, segundo de Aymerich y aceptado por Sucre (20 de noviembre). Bolívar, que no estaba bien interiorizado de los sucesos y que contaba estar sobre Quito entre el 20 y el 28 de febrero, lo improbó desde su cuartel general de La Plata el 22 de diciembre: "Por el señor general Torres recibí el 20 del presente copia de un armisticio celebrado entre V.S. y el coronel Tolrá . . . Si es cierto que V.S. y el general Tolrá han convenido en el tratado de Babahoyo del 20 de noviembre, lo desapruero, y V.S. no debe observarlo ni cumplirlo, pues no es obligatorio ningún tratado sin ratificación del gobierno. Además, este tratado es perjudicial en la situación actual, paralizando las fuerzas del mando de V.S. que deben cooperar a la libertad de Quito . . . Añadiendo a V.S. que está autorizado para obrar sobre Quito en la dirección que estime más conveniente para cooperar con el ejército que yo mande en persona y para hallarse sobre Quito del 20 al último de febrero, para cuya época estaré yo sobre aquella capital con el ejército".

Muy equivocado tenían al Libertador su dinamismo, impaciencia e ignorancia de la situación. En Cali, días después, la conoció exactamente y tuvo que aprobar el sabio y prudente pacto en todas sus partes. Ese armisticio sirvió para rehacer un ejército que se había evaporado. El peligro aumentó la cooperación de Guayaquil, donde se logró reunir más soldados y dinero, lo mismo que otros pueblos de la provincia. Mil quinientos fusiles descargó Cochrane en las playas de la ciudad, se organizaron milicias, se depuró el personal de la escuadra del río y se mejoró su organización; como caídas del cielo llegaron doscientas nueve unidades del batallón colombiano Papaya; llegó el coronel Ibarra con otras 280 del mismo cuerpo. Aunque en realidad gran parte de los soldados, los reclutados en la provincia, poco valían como unidades bélicas, eran sólo masa, número, que vistos de lejos no poco podían impresionar al enemigo.

Para más decidir al Protector a dar el auxilio de sus tropas Sucre le prometió en reciprocidad un refuerzo de 1,000 a 2,000 hombres en cuanto terminara la campaña sobre Quito.

Sucre, se ha dicho, insistía en que se le enviase el batallón Numancia, apellidado después Voltígeros por el Libertador. El Pro-

lector no accedía y sólo convino en remitirle 1,100 hombres de las fuerzas de Piura. El Protector estaba lógicamente dominado por dos sentimientos: de ceder la veterana columna, cuyas unidades clamaban también por unirse con sus compatriotas, podían originarse dos situaciones adversas: el debilitamiento de su ejército, cosa evidente desde luego; y la frustración de sus miras políticas sobre la provincia de Guayaquil. La primera consideración era por sí misma inobjetable, mientras que la segunda lo sería si estuviera sustentada en el derecho y la justicia y no se basase en un plan político de hostilizar a Colombia.

El Protector sólo accedió a remitir una columna de 1,100 hombres de Piura que intentó primero capitanease el general Arenales. El colombiano, que miraba con aprecio al argentino, hombre mayor y de más antigüedad, dio la bienvenida al propósito y ofreció hasta servir bajo sus órdenes: "me gusta más obedecer que mandar", expresó; pero Arenales por una razón u otra declinó la comisión. Entonces el capitán de los Andes planeó poner la columna prestada a las órdenes del general Santa Cruz ordenando al mismo tiempo a la junta que entregase el mando en jefe de todas las fuerzas patriotas al general José de La Mar.

Era La Mar aquel colombiano natural de Cuenca que sirviendo a los españoles, como jefe de la guarnición del Callao, los traicionó entregando la plaza a los patriotas. Su peruanismo fue siempre tan recalcitrante que más tarde, en 1827, promovió la rebelión contra Colombia y en 1829 llegó a conducir un ejército peruano invasor de su patria, y fue derrotado por el entonces gran mariscal de Ayacucho en el Portete de Tarqui. "La Mar", dice Lecuna, "fue desleal a España, desleal a su patria nativa y desleal al hombre que lo había colmado de beneficios". Llegó a Guayaquil sin cargo alguno con el coronel peruano Francisco Salazar, agente diplomático acreditado ante la junta por el Protector. Ella lo nombró coman-

fuego está cubierto con una ceniza engañadora: por lo tanto una medida de esta clase puede ser un viento que esparza las cenizas y quede el fuego al descubierto. Entonces el incendio civil será inevitable. Si La Mar va a la división será mal recibido y no es difícil que se le tiendan redes. Sucre que muchas veces ha ofrecido cordial y excordialmente el mando, ahora lo tomaría a desaire y no sabemos de lo que es capaz un resentimiento colombiano. Los jefes y oficiales suyos piensan, hablan y obran lo mismo; no toda la división que marcha de Piura es de confianza, pues es regular que Urdaneta tenga de su devoción la parte que manda y la haga obrar según su interés que no es ni identificado con el del Perú. Estas reflexiones y las que de ellas nacen nos han hecho acordar que se suspenda el cumplimiento de la resolución de usted hasta que impuesto de todo esto y de los riesgos que nos amenazan, como puede usted temerlo por la comunicación que le dirigimos por extraordinario, tome una medida grande, eficaz y poderosa. La entrevista de usted es indispensable. Aquí hay un agente de Bolívar cerca del gobierno del Perú”.

La comunicación que anuncia por extraordinario es con toda seguridad la carta de Bolívar, franca, razonada, enérgica y terminante dirigida al mismo Olmedo el 2 de enero desde Popayán, anteriormente transcrita, y la que en mismo sentido escribió a la junta. Intransigente se mostró el presidente de Colombia en la defensa de la integridad de la república.

El general argentino cedió a los razonamientos y observaciones del presidente de la junta y en sustitución de La Mar puso más tarde de comandante de la columna al general Andrés de Santa Cruz, sin intervenir Sucre en la jefatura del ejército y la dirección de la campaña.

Estamos a fines de enero de 1822. Sucre andaba ignorante de la posición exacta de Bolívar: tanta era la dificultad del espionaje, como se ha visto, por la interposición entre los dos de la región de pacho con su jurada lealtad a la corona y enemistad igualmente inquebrantable a la causa republicana. El Libertador andaba del mismo modo ciego de las maniobras de su teniente.

En cuanto éste recibió del Perú notificación del próximo despacho de la columna de Piura empezó a mover sus mil veteranos embarcados sucesivamente en el Guayas río abajo hasta Machala, mientras sus fuerzas menores conservaban sus posiciones al frente de Babahoyo, sin cejar en su hostigación de las columnas realistas y vigilancia de los caminos de Quito, con lo que el comandante y

capitán general, que lo era desde luego Aymerich por muerte de Mourgeón, se mantenía entretenido e ignorante de la marcha con que el patriota lo flanqueó por la izquierda. Engañado fue así el enemigo que esperaba ser atacado de frente, y buscaba Sucre reunirse con la división de Santa Cruz sin que ésta tuviese que arribar a la capital de la provincia. Cuando Aymerich se dio cuenta de las intenciones del general Sucre, ya era tarde para que su oposición fuese eficaz.

La división de Santa Cruz y el ejército de Sucre se reunieron en Saraguro el 19 de febrero (1822). El primer paso fue la ocupación de Cuenca (23 de febrero).

El genio del mal que asesoraba a San Martín, en las personas de los politiqueros peruanos empeñados en la conquista del territorio colombiano de Guayaquil, no cesaba de soplar la hoguera de la discordia que traía exaltados los ánimos en la provincia. De entre las disposiciones antipatrióticas y suicidas que emanaron del Protector, se destaca la de retirar de la campaña la división de Santa Cruz. San Martín se arropaba en el principio de la libre determinación de los pueblos, deplorablemente aplicado en este caso, y el solisma de defender la autonomía de la provincia, lo que venía a constituir era toda una enmarañada red de intrigas. Sobre este punto de derecho ya se había producido Bolívar ante la junta y Olmedo, con claridad, energía y justicia, al tener en Popayán noticia del trabajo subterráneo que adelantaban los delegados del Protector. La inobjetable posición del presidente de Colombia no podía socavarse sino por objetables procedimientos. Ahora se echó mano de un expediente vitando a todas luces: arruinar la campaña de Sucre en pleno con la orden impartida a Santa Cruz de restarle el concurso y retirarse del campo.

La nota de Montecagudo, secretario de estado del Protector, fechada el 3 de marzo (1822) fue la tea destinada a encender una guerra civil apoyada por ejércitos peruanos a que se les daban ínfulas de conquistador: "Por comunicaciones del Libertador de Colombia a ese gobierno (el de Guayaquil) que en copia se remitieron a S.E. el Protector, no queda duda del plan abierto de hostilidad adoptado contra ese país y del compromiso en que quedó el gobierno del Perú con el de aquella república. Aunque es muy notable que en tan difíciles circunstancias el gobierno de Guayaquil espere en una actitud pasiva el desenlace de las operaciones del Libertador, sin embargo prevengo a V.S. que siempre que el gobierno con la mayoría de los habitantes de esa provincia solicite sinceramente la protección de las armas del Perú, por ser su volun-

tañad conservar la independencia de Colombia; en tal caso emplee V.S. todas las fuerzas que están puestas a sus órdenes en apoyo de la espontánea deliberación del pueblo. Pero, si por el contrario, el gobierno de Guayaquil y la generalidad de los habitantes de la provincia pronunciaren su opinión a favor de las miras de Colombia, sin demora vendrá V.S. al departamento de Trujillo a tomar el mando general de la costa del norte, reunir la división del coronel Santa Cruz en Piura, aumentarla hasta donde alcancen los recursos del territorio, y obrar según lo exija la seguridad del departamento de Trujillo. Como no es posible prever las diferentes comunicaciones que allí se presenten, el gobierno deja al arbitrio de V.S. obrar según ellas”.

Y además de esta nota y sus declaraciones francas y abiertas y mañosas todas está la que dirigió a La Mar, en la que deja ver sin lugar a dudas las precisas miras del gobierno peruano tocante a la división de Piura: “De orden suprema prevengo a V.S. que poniéndose de acuerdo con el agente diplomático de este gobierno, luego que entregue a ése las comunicaciones que se le dirigen, nivele su conducta por la declaración que expida a consecuencia de ella, mandando retirar a todo trance la división del coronel Santa Cruz para sostener con energía la independencia absoluta de Guayaquil si su voluntad es conservarla . . .”

El pueblo de Guayaquil no se había expedido en forma alguna en cuanto al dilema político, cuando Santa Cruz recibió orden de abandonar la campaña y retirarse a Trujillo. Esto sólo demostraba las verdaderas intenciones peruanas.

Son de agregarse entre las medidas hostiles, algunas de las cuales se vienen resumiendo, la determinación que al mismo tiempo se tomó sobre el jefe del batallón Trujillo, constante de quinientas plazas, de la división de Santa Cruz. El coronel Luis Urdaneta, colombiano lo comandaba; El Protector ordenó se le sustituyera por el mayor Olazábal, argentino, del mismo batallón.

Pero la energía de Sucre corría pareja con su prudencia y don de gentes. Llegó el momento de dar una muestra memorable de ella. Bajo las más serias protestas me opongo a la marcha de la división, expresó a Santa Cruz cuando éste le hizo conocer la orden de regresar. No permitiré que en pleno desarrollo de la campaña se me haga el perjuicio de malograrla prematuramente. La presencia de esta división en mis filas no es un don gratuito: es un cambio por el batallón Numancia, fuerza colombiana que en vano he reclamado, que inútilmente está clamando por venir a servir a la patria.

Por consiguiente, que siga la columna de Santa Cruz el movimiento prescrito, sin detenerse ni volver atrás.

Esta actitud era suficiente para mostrar que el general cumánés estaba resuelto a sostener sus fueros como fuese necesario si la arbitrariedad peruana lo obligase a ello. Santa Cruz tuvo que someterse, no sin proponer algunas medidas de transacción.

Naturalmente la protesta de Sucre no se limitó a exponerle a Santa Cruz en 30 y 31 de marzo los argumentos sintetizados arriba. También ofició enérgicamente, y entre otras cosas manifestó que devolvería las tropas en cuestión si se le devolvía el batallón Numancia. Pero el incidente fue una nueva causa de la agitación introducida en Guayaquil por la intriga y ambición peruanas.

No puede pasarse por alto que a su regreso a Lima desde Huanchaco el 3 de marzo pidió San Martín al consejo de estado autorización para llevar la guerra a Colombia. La autorización le fue concedida con el voto en contra de Montecagudo y Rudecindo Alvarado.

Dejemos para más adelante mencionar otros actos destinados a hostilizar la brillante campaña del general venezolano, con que se calculaba anexar al Perú la provincia colombiana.

La expedición siguió adelante de Cuenca camino de Quito, comandada por el general en jefe con movimientos que todos los críticos militares elogian como modelo consumado de arte militar. Tras leves encuentros fácilmente vencidos llegaron las tropas a Riobamba, donde ocurrió un episodio que fuera incidente caballeresco si no la revistiera un carácter de traición. Algunos oficiales españoles invitaron a su mesa a oficiales patriotas de los Dragones de Colombia, varios de los cuales incautamente aceptaron. Los españoles mandaron mientras tanto atacar de frente a los Dragones, privados de muchos de sus jefes; y aunque obligados a la retirada, infligieron serio castigo al enemigo. Al retirarse de Riobamba los realistas, tuvieron lugar las célebres cargas de los Granaderos de los Andes y Dragones de Colombia. Ordenó Sucre que éstos bajo la conducción del jefe de la caballería, coronel Diego Ibarra, atacasen en unión de los Granaderos de los Andes los cuatro escuadrones realistas. En un momento dado el de los Granaderos se encontró solo frente a frente con los escuadrones españoles; pero el valiente comandante Juan Lavalle, observando que por la posición en que éstos se habían colocado no podían desplegar todos sus efectivos, les dio una de las cargas más memorables de toda la guerra, justamente clogiada con calor por el general en jefe. Los escuadrones

derrotados se reunieron con otros dos y volvieron impetuosamente a la carga a tiempo en que Ibarra llegaba con sus Dragones y maniobró para separar la caballería enemiga de la infantería; volvieron caras a la manera de los llaneros, y Granaderos de los Andes y Dragones de Colombia infligieron a la caballería de López un severo castigo, dejándole tendidos treinta y dos muertos y cuarenta heridos contra dos muertos de los independientes (20 de abril). La oportuna llegada de los Dragones de Colombia salvó a los Granaderos de los Andes de un seguro contraste.

Muchas veces Sucre provocó a combate al enemigo, que lo eludía siempre. Ambos bandos se las habían con conductores hábiles y valerosos.

Muy mermado por las enfermedades se agrega en Latacunga el contingente de Panamá conducido por el coronel José María Córdova. Son sólo doscientos veteranos, porque además había sido preciso atender con dos compañías a una insurrección ocurrida en Guaranda. Y siguen los magistrales movimientos del general en jefe, que obligan a los veteranos del rey a mantenerse en defensiva expectante, a retroceder hacia la capital, que por otra parte es el objetivo ansiado de los patriotas, a eludir los retos con que se les invita al combate. *La gallardía y seguridad de las operaciones aumenta a cada instante la confianza de la tropa en su joven conductor, enardece su entusiasmo y acrecienta su valor y anhelo de batirse.* Estos elementos morales son inestimable aporte a la eficiencia de los expedicionarios. Sucre maniobra y se sitúa en Chillogallo. No hay expediente para que el enemigo acepte la invitación a dirimir la contienda. En una intrépida marcha nocturna se interpone Sucre entre Quito y Pasto. En la mañana del 24 de mayo domina a Quito desde lo alto de las ásperas laderas del Pichincha. Ya no era posible eludir el reto. Para la mejor descripción de la famosa batalla insertamos la relación de un experto como lo es el gran historiador Lecuna:

“Al efecto puso en marcha la división, precedida por el coronel Córdova con el batallón Magdalena, por las laderas del volcán de Pichincha, enorme macizo coronado de cuatro picos de nieve. El camino pendiente y escabroso retardó la marcha, pero a las 8 de la mañana del día siguiente 24 las tropas llegaron a la parte alta de las faldas del Pichincha dominando a Quito. Albión seguía detrás cubriendo el parque. La caballería quedó al pie de la falda.

“La compañía de cazadores de Paya fue destinada a reconocer las avenidas, mientras las tropas reposaban y luego fue seguida por el batallón Trujillo del Perú dirigido por el coronel Santa Cruz. A

las 9 y media dio la compañía de Cazadores con la vanguardia de la división española en ese momento en marcha a la derecha de los independientes hacia la posición ocupada por éstos. Roto el fuego la compañía lo sostuvo sola un momento, esperando al batallón Trujillo, y al llegar este se comprometió el combate. Inmediatamente después el batallón Yaguachi conducido por el jefe de estado mayor coronel Morales, entró en línea a reforzar a los que combatían. El coronel Córdova con el Magdalena subió a la izquierda a situarse a espaldas del enemigo, pero encontrando obstáculos invencibles retrocedió. El terreno no permitía a todos los cuerpos entrar en combate. El batallón Piura al recibir orden de avanzar a sostener al Trujillo desertó del campo de batalla, por entre las rocas del Pichincha, con su comandante a la cabeza. En ese momento el Trujillo agotadas sus municiones, y abandonado por su comandante refugiado en una quebrada, retrocedió en desorden y los enemigos ganaron terreno. Para contenerlos Sucre mandó cargar a la bayoneta al batallón Paya, y este cuerpo, el más numeroso y aguerrido de la división, apoyado por Yaguachi, cumplió la orden con bizarría y en un momento arrebató a los enemigos el terreno ganado por ellos. Generalizado de nuevo el fuego por estos cuerpos, la maleza del lugar permitió a los españoles sostenerse. Muchos Dragones colombianos, pie en tierra y lanza en mano habían subido a la falda a tomar parte en la lucha. Algunos de ellos se ocupaban en reunir a los dispersos del batallón Trujillo.

“López envió tres compañías del batallón Aragón, el más disciplinado de los suyos, por entre el bosque, a flanquear a los patriotas, pero Sucre les opuso tres de Albión, las batió completamente, y aprovechando el desconcierto de los enemigos, lanzó a Córdova por el centro con el batallón Magdalena. Este denodado jefe cargó con su admirable intrepidez, los realistas se desordenaron, y poco después de medio día se declaró la derrota.

“Reforzado Córdova con los Cazadores de Paya, con una compañía de Yaguachi y tres de Albión, persiguió valerosamente a los españoles hasta la ciudad. Los jefes enemigos con parte de los suyos se encerraron en el fuerte del Panecillo.

El coronel Ibarra, jefe de la caballería, había acompañado a la infantería en la batalla; cuando se inclinó la victoria a favor de los independientes, Sucre le dio orden de correr a donde estaba la caballería y perseguir con ella a la caballería enemiga en fuga por el camino de Pasto, pero Ibarra no encontró a la de Santa Cruz en su lugar, porque al saber la dispersión de los batallones peruanos, dando la batalla por perdida, el comandante Lavalle se había retira-

do con los Granaderos y Cazadores a larga distancia. Por este motivo la persecución la hicieron el escuadrón de Cestari, colocado por Sucre con anticipación en el camino de Pasto y el de Dragones. Cuando el coronel Ibarra pudo ponerse en marcha, con los jinetes argentinos y peruanos, no logró alcanzar a los fugitivos.

“Deseando Sucre ahorrar la sangre que le costaría la toma del fuerte y la parte de la ciudad todavía ocupada por los contrarios, propuso verbalmente al general Aymerich, por medio del edecán O’Leary, una rendición honrosa, y en tanto ocupó los arrabales. El general español ofreció entregarse. La capitulación fue convenida y ratificada al día siguiente, 25 de mayo. Una expedición compuesta exclusivamente de colombianos al mando de Córdova, despachada enseguida por Sucre hacia Pasto, encontró y rindió a dos compañías del batallón Cataluña con ciento ochenta hombres enviados en socorro de Quito. Córdova siguió adelante y en Ibarra se reunió al Libertador.

“Los resultados de la jornada fueron la ocupación de Quito y sus fuertes, la posesión de todo el departamento y la toma de 1,100 soldados y 160 oficiales no heridos, y 190 heridos de los españoles, 14 piezas de artillería, 1,700 fusiles y cuantos objetos de guerra poseía el ejército español; 400 cadáveres de los realistas y 200 de los independientes quedaron en el campo. Estos últimos tuvieron 140 heridos. Entre los más heroicos combatientes sobresalió por su extraordinaria bravura y entusiasmo patriótico, un joven, Abdón Calderón. Herido cuatro veces se negó siempre a retirarse del combate. Murió a poco, pero *vive eternamente en todo corazón colombiano*. Pertenecía a la ilustre familia Garaicoa de Guayaquil”.

Tal fue el desenlace de la campaña de Pichincha. El estudio detallado de este épico episodio de la guerra de América pone de manifiesto una de las campañas más inteligentes y bien coordinadas de la historia. Este joven general de 29 años había sido descubierto en todo su valor por el ojo zahorí de Bolívar: “aunque parezca extraño es poco conocido del ejército. Estoy dispuesto a hacerlo conocer, convencido de que algún día me rivalizará”. Los movimientos de sus tropas eran de una precisión tal que parecían fichas manejadas en el tablero de ajedrez. Nada lerdos ni tímidos ni torpes eran los veteranos con quienes contendía; por eso la audacia y seguridad con que se desplazaba se convertían en un elemento psicológico que aumentaba su poder, al advertirlo y admirarlo el enemigo. No es de asombrar, pues, que éste eludiese la pelea en tantas ocasiones en que aquél le arrojó el guante en situaciones al

parecer de inferioridad. Las cualidades conocidas del colombiano hacían meditar a aquéllos para tratar de descubrir las posibles sorpresas que guardaba en los matemáticos recursos de su táctica. En la campaña de Ayacucho, como veremos después, el Libertador, su amigo y maestro, conocedor de todos sus pasos y marchas, pudo discutir con él desde lejos sus diversas combinaciones y darle casi punto por punto sus opiniones; pero en la campaña de Pichincha la ignorancia continua de situaciones y demás circunstancias fue motivo para que los consejos del superior fueran muy limitados, llegando en una ocasión por lo menos a la errónea apreciación de hechos, como ocurrió con la improbación del tratado de Babahoyo, ventajoso a todas luces para Sucre, que a consecuencia de la rota de Guachi, ocasionada por la estolidez y desobediencia de un subalterno, había tenido que ver totalmente pulverizado su ejército.

La capitulación concedida a los vencidos al día siguiente, 25 de mayo, fue un digno coronamiento de la jornada. Sucre era tan grande con la espada como inigualado en la generosidad.

Capítulo VII

DESPUES DE BOMBONA Y PICHINCHA 1821-1822

R E S U M E N

Necesidad de la campaña de Bomboná — Bolívar comprendía todos los sacrificios y penalidades de esa vía — Alternativas que se presentaban a la acción — Consecuencias si hubiera triunfado García en Bomboná — Ignorancia recíproca de Bolívar y Sucre — Expectativa de García — Bolívar abre nueva campaña contra García — La intimación para que se rindiera — Rechazo de correspondencia descortés — Accede García a capitular después de conocer el triunfo de Pichincha, que Bolívar ignoraba — Los pastuzos se oponen — Firmada la capitulación Bolívar entra en Pasto con muy pequeña escolta — Recibido con grandes honores — Devuelve su espada a García — Generosidad de Bolívar — El obispo Jiménez pide pasaporte para España — Contestación de Bolívar — El amor de la gloria en Bolívar — Homenajes en Quito — Mirada retrospectiva sobre Guayaquil y el Perú — Interés del Perú en la provincia — La excelencia del puerto de Guayaquil, las maderas de sus bosques — Opinión de los tres miembros de la junta de gobierno — Los agentes del Protector del Perú — Tratado concluido con ellos — La provincia, hervidero de pasiones — Bolívar ordena a Sucre trasladarse a Guayaquil — Tratado entre Sucre y la Junta — El ministro Francisco Salazar y el general La Mar en Guayaquil — San Martín ordena destituir a Sucre en favor de La Mar — Oposición y desobediencia de Olmedo — Sublevación del batallón Vengadores y la municipalidad de Porto Viejo — El primer viaje de San Martín hacia Guayaquil — Su verdadero objeto — Consulta Bolívar a Bogotá su conducta ante las reiteradas intromisiones de San Martín en los asuntos de Colombia — El error de suponer al gobierno adverso al posible conflicto con el Perú — Resumen de los actos hostiles de San Martín al volver a Lima — Orden de retirada de la campaña a Santa Cruz — Energía de Sucre.

HABIAMOS DEJADO a Bolívar en el Trapiche en la retirada que hizo del campo de Cariaco o Bomboná después de la célebre batalla. Se ha dicho que esta batalla fue inútil, que la victoria fue ilusoria, que Bolívar en realidad de verdad, salió derrotado en la acción. No compartimos estos juicios. Antes de comenzar sus movimientos desde Popayán el Libertador estaba al tanto como

atrás hemos insinuado, de las dificultades y peligros que le esperaban al trasladar a Quito sus tropas por tierra, ya que llevadas a Guayaquil por mar desde Buenaventura, proyecto inicial, era de todo punto imposible, por la falta de transportes ocasionada por la ruptura del almirante Cochrane y San Martín, a consecuencia de lo cual el célebre marino inglés se habría llevado la escuadra a cruzar el Pacífico y perseguir por su cuenta los buques españoles (Prueba y Venganza) que sabía se hallaban por aguas mejicanas. Quedarse Bolívar estacionado en Popayán equivaldría a perder sin gloria su ejército ya diezmado severamente por las enfermedades propias de la región y por continuas, diarias deserciones. Habría sido el descrédito de los veteranos vencedores en Boyacá y Carabobo, libertadores de las dos más extensas secciones de Colombia; habría sido, si no la segunda subyugación del país por lo menos la reanudación y recrudescimiento de una lucha que ya había arruinado a la patria y héchola triste lecho de lagos de sangre y lágrimas. Nada de esto dejó de trabajar la mente y sentimientos del padre de la patria.

Si, como se ha dicho, el coronel Basilio García hubiera sido el vencedor en Bomboná, de la diezmada columna de Bolívar no hubiera sobrevivido un sólo hombre, tanto más cuanto quedaban en la región numerosas guerrillas realistas que hostilizaban la marcha retrógrada de los vencedores en busca de sitios más sanos donde reponerse de fatigas y recibir los refuerzos que esperaban, ni hubieran podido sostenerse en el campo de la lucha los ocho días que le siguieron, ni repasar el río Mayo para establecerse en el Trapiche.

Hemos insinuado también que el Libertador carecía de datos precisos sobre la situación y operaciones de Sucre. Este se movía atento a una primera orden impartida por Bolívar, a efecto de que maniobrase para entrar en Quito en todo el mes de junio. Pero calculando después que el choque en Pasto iba a realizarse en los primeros días de abril, como ocurrió, le comunicó que debía apresurar la marcha. Se comprende que lo que el Libertador buscaba era el apoyo de las columnas de aquél para desmoralizar a Pasto o tomarlo entre dos fuegos. Mas desgraciadamente la segunda intimación, rectificadora de la primera no llegó a destino. De todos modos, aun sin la coordinación precisa de las operaciones de los dos generales colombianos, García sí sabía que algo trascendental había de ocurrir por el lado de Quito y quizás la expectativa fue uno de los principales motivos de no activar medidas contra Bolívar en el Trapiche.

Mientras tanto éste fue recibiendo los recursos remitidos de Popayán y emprendió de nuevo campaña contra García. Sea por-

que de vencer a su adversario se sentía seguro, sea con el fin de amedrentarlo y debilitarlo mediante la acción psicológica, sea porque considerase que obrando de conformidad con sus últimas y no recibidas instrucciones su brillante lugarteniente estaba ya sobre Quito, o lo más probable, por todas estas causas a la vez, resolvió intimar a García una capitulación mediante un oficio amenazante terrible. Lo curioso es que esta amenaza la hizo concatenándola con inconsciente oportunidad con la ignorada hazaña de Sucre que al día siguiente había de coronar la gloriosa altura de Pichincha.

“Trapiche 23 de mayo de 1822:—Al señor comandante general de Pasto, coronel don Basilio García:—Es por última vez que dirijo a V.S. palabras de paz. Muchos pasos he dado para evitar a V.S., a esa guarnición y al desgraciado pueblo de Pasto, todos los horrores de la guerra; pero la medida de la obstinación ha llegado a su colmo, y es necesario que V.S., esa guarnición y el pueblo de Pasto entren por una capitulación honrosa, útil y agradable, o se preparen a vencer o a morir.

“Nosotros tenemos derecho para vindicar las infracciones atroces que se hicieron del armisticio de Trujillo.

“Tenemos derecho para tratar todo el pueblo de Pasto como prisionero de guerra, porque todo él sin excepción de una persona, nos hace la guerra, y para confiscarle todos sus bienes como pertenecientes a enemigos; tenemos derecho, en fin, a tratar esa guarnición con el último rigor de la guerra, y al pueblo para confinarlo en prisiones estrechas como prisionero de guerra, en las plazas fuertes marítimas. Si V.S. lo que desea es esta suerte a las tropas y pueblo de su mando, bien puede contar con ella, y si V.S. quiere evitar una catástrofe semejante, tiene que reconquistar a Colombia o someterse a una capitulación.

“El gobierno español en Pasto y Quito no tiene ni pertrechos, ni armas ni casi tropas, a excepción de trescientos españoles que había en el país; todo lo demás no es sino paisanaje indisciplinado, y de ningún modo aguerrido. Sobre el mar no tiene ni un leño en que transportarse ni al puerto más inmediato de la costa. V.S. puede ignorarlo, pero el general Aymerich no.

“De España no puede venir auxilio alguno porque ya la España no quiere continuar esta guerra nefanda y porque toda ella está en insurrección abierta contra Fernando, como V.S. lo verá por los papeles públicos de Inglaterra, Francia y Colombia.

“Todo el Nuevo Mundo está por la independencia, según consta de los mismos papeles públicos. Estamos reconocidos solemnemente

mente como nación por los Estados Unidos y aún por el rey de Portugal. La Inglaterra y Francia son neutrales y no nos niegan su amistad. Méjico y Guatemala están muy distantes de asistir con nada a la España.

“En cuanto a la superioridad de mi ejército sobre el de V.S., nadie lo sabe mejor que V.S., sus oficiales y tropa; pero lo que quizá V.S. no sabrá es que he recibido una columna de refuerzo y que espero dos más por momentos, y que si antes pasé el Juanambú con poco más de dos mil hombres ahora será con mucho mayor fuerza. Del ejército del general Sucre no digo a V.S. nada, porque V.S. debe saber las ventajas que ha obtenido y los refuerzos que ha recibido.

“Ofrezco, pues, a V.S. por la última vez una capitulación por la cual quedarán indemnizados de todo cargo y responsabilidad.

“Estas generosas ofertas son las mismas que el gobierno de Colombia ha hecho a sus enemigos desde la transformación del gobierno español, y bien sabido es que las ha cumplido religiosamente”.

García vacilaba, estaba pendiente del resultado de la ofensiva de Sucre sobre Quito. El Libertador emprendió resueltamente marcha ofensiva sobre Pasto el 28. ¡Quién le hubiera dicho que cuatro días antes el ejército de Aymerich quedó absolutamente liquidado! Ya el 27 una junta general del enemigo había resuelto capitular.

Antes de esta decisión se habían cruzado notas entre García y el Libertador. Varias del realista bastante descorteses merecieron una reprimenda del jefe republicano, que debemos anotar como lección a ciertos historiadores, periodistas y oradores nacionalistas irrespetuosos de hoy que pretenden empequeñecerlo para exaltar como corolario a sus próceres. “. . . Yo creo merecer los dictados gloriosos que mi patria me ha dado y nadie tiene derecho de privarme de ellos. Devuelvo a V.S. sus comunicaciones para que las envíe con el tratamiento que me corresponde, o las guarde para siempre”.

Ello es que en la tarde del 27, tres días después del triunfo del futuro gran Mariscal, ignorado por Bolívar, depuso García su soberbia. La ofensiva patriota amenazaba seriamente. Ya Bolívar había ocupado con sus dos mil hombres la fatídica montaña de Berruecos, habiendo desalojado a los realistas defendidos por un foso. El Libertador reitera su ofrecimiento de una honrosa capitulación al realista, que la desea ya; pero sus valerosos y leales pastuzos como un sólo hombre protestan: primero morir que ren-

dirnos. Sin duda era ejemplar, digno de admiración el valor espartano de estos hombres y la devoción a su rey. El obispo Jiménez, así como antes había predicado con tanto ardor a estos hombres la guerra contra los patriotas, intervino ahora en favor de la paz. Antes morir que ceder, era la intransigente consigna de hombres, mujeres y niños de Pasto. Refiriéndose a esta actitud escribió Bolívar a Santander que al leerse públicamente su terrible intimación, exclamaban que antes pasarían por sobre sus cadáveres. El obispo, que aconsejaba la capitulación, estuvo a punto de sucumbir a tres tiros que afortunadamente erraron el blanco. García tuvo que "largarse de la ciudad huyendo de igual persecución". Aceptaron por fin a regañadientes. Habían de volver a sus andadas, como se verá.

Por el momento la presencia de Bolívar obró el milagro; "Hasta los niños con la mayor candidez dicen que qué han de hacer, pero que ya son colombianitos. En este momento me lo está diciendo una niña, pero con mucha gracia".

¿Por qué este cambio de actitud tan radical en García y Jiménez? Los dos estaban en el secreto que aún se ocultaba al presidente de Colombia: sabían que en Quito y su provincia y en la presidencia toda no existía ya un sólo soldado de Fernando VII; sabían que el vencedor de Quito podía en un momento marchar con su ejército victorioso para aplastarlos en la bien pensada maniobra conjunta con el Libertador. Ya no se trataba de alternativa de vida o muerte: era la muerte segura, y en este caso la prudencia era gloria, no vergüenza. La capitulación se firmó el 6 de junio, y el 8 antes de recibir noticias de la ratificación, Bolívar se encaminó imprudentemente a la ciudad. Lo acompañaba una pequeña escolta de cazadores. La ratificación la conoció por informe del mismo García, que con don Félix Liñán y Haro, secretario del obispo, y el provisor del obispado doctor José María Gueso, salió a su encuentro en el alto de Tasines; y manifestó Bolívar cuando estos mismos personajes pusieron en su conocimiento el triunfo de Pichincha: "¡esto era para mí cosa segura!". A una legua de Pasto salieron a recibirlo los miembros del ayuntamiento. García le rindió su espada y el Libertador se la devolvió en prenda de aprecio y admiración del valeroso adversario, quien le aconsejó que no se aventurara con tan corta escolta en la ciudad. No hizo caso.

A la entrada de la ciudad recibió honores de presidente y general en jefe por las tropas en formación; y ciertamente "en la plaza se habían reunido muchos hombres de armas sospechosos pero al oír los toques de corneta de la escolta patriota, que se aproxima a la plaza, se dispersaron velozmente".

“El obispo Jiménez condujo al Libertador bajo palio desde la puerta del templo hasta el altar mayor. En seguida cantó un solemne Te Deum. Aunque en los días anteriores incitaba al combate, conociendo ahora mejor a los libertadores apaciguaba los ánimos” (Lecuna).

La generosidad de Bolívar fue digna de su triunfo. Ocho mil pesos entregó al realista para socorrer a los capitulados. Así terminó esta campaña que costó a la república casi tres mil quinientos hombres, de los siete mil quinientos que se habían empleado en ella. Faltaba reducir a todo el reino de Quito para redondear al mapa de Colombia libre y disponer enteramente de los efectivos de inteligencia y valor de la gran república para liberar al Perú, que no siempre había de agradecer su sacrificio.

La victoriosa campaña de Pasto estableció el lazo de unión de los dos más grandes caudillos de la independencia, y con la unión vino a robustecerse la fuerza de las armas colombianas necesaria para la última y final campaña de la libertad. La manera como ambos rivalizaron en grandeza y generosidad con los vencidos ganó e hizo más decidido el amor de los pueblos y de los hombres por una causa de que muchos habían desconfiado hasta allí, o hasta allí habían detestado o combatido. Núcleos adversos quedaban ciertamente en la intransigente población de las regiones del Patía y Juanambú, de Pasto y sus alrededores, pero ya perdieron mucho de su primitivo empuje.

El obispo de Popayán había remitido y su secretario entregado a Bolívar una nota por la que pedía su pasaporte para trasladarse a España. Su acción o influencia para que los pastusos aceptasen la capitulación de que se ha dado cuenta no significa que había depuesto su sentimiento realista. En vista de los sucesos terminantes ocurridos, la buena fe de sus opiniones encontraba lógico ausentarse para siempre del terreno donde infructuosamente había actuado en el terreno político. El Libertador, no obstante, juez autorizado en materia de dignidad y buena fe, encontró un excelente pretexto para mostrarle su aprecio de los móviles que lo impulsaban, y en una elocuente comunicación lo exhortó a que desistiera de su propósito:

“Pasto 10 de junio de 1822—Al Illmo. Señor Doctor Don Salvador Jiménez, Obispo de Popayán—Illmo. Señor:—Tengo la honra de contestar la muy favorecida carta de V.S.I., que poco antes de entrar en esta ciudad anteayer, tuvo la bondad de poner en mis manos el señor secretario del obispado, don Félix Liñán y Haro.

“Es ciertamente con la más grande complacencia que he visto expresar a V.S.I. los sentimientos de consideración y aprecio hacia mi persona, y las protestas francas y generosas con que descubre el fondo de su corazón y el estado en que se halla su conciencia religiosa y política. No son los franceses solos que han estimado y aun admirado a los enemigos constantes, leales y heroicos. La historia que enseña todas las cosas, ofrece maravillosos ejemplos de la grande veneración que han inspirado en todos tiempos los varones fuertes, que sobreponiéndose a todos los riesgos, han mantenido la dignidad de su carácter delante de los más fieros conquistadores, y aun pisando los umbrales del templo de la muerte. Yo soy el primero, Illmo. Señor, en tributar mi entusiasmo a todos los personajes célebres que han llenado así su carrera hasta el término que les ha señalado la Providencia. Pero yo no sé si todos los hombres pueden entrar en la misma línea de conducta sobre una base diferente. El mundo es uno, la religión otra. El heroísmo profano no es siempre el heroísmo de la virtud y de la religión; un guerrero generoso, atrevido y temerario es el contraste más elocuente con un pastor de almas. Catón, y Sócrates mismos, los seres privilegiados de la moral pagana, no pueden servir de modelo a los próceres de nuestra sagrada religión. Por tanto, Illmo. Señor yo me atrevo a pensar que V.S.I., lejos de llenar el curso de su carrera religiosa en los términos de su deber se aparta notablemente de ellos, abandonando la iglesia que el Cielo le ha confiado, por causas políticas y de ningún modo conexas con la viña del Señor.

“Por otra parte Illmo. Señor, yo quiero suponer de V.S.I., estaba apoyado sobre firmes y poderosas razones para dejar huérfanos a sus mansos corderos de Popayán; más no creo que V.S.I., puede hacerse sordo al balido de aquellas ovejas afligidas, y a la voz del gobierno de Colombia que suplica a V.S.I., que sea uno de sus conductores en la carrera del cielo. V.S.I. debe pensar cuántos fieles cristianos, y tiernos inocentes van a dejar de recibir el sacramento de la confirmación por falta de V.S.I.; cuántos jóvenes alumnos de la santidad van a dejar de recibir el augusto carácter de ministros del creador, porque V.S.I. no consagra su vocación al altar y a la profesión de la sagrada verdad. V.S.I. sabe que los pueblos de Colombia necesitan de curadores y que la guerra les ha privado de estos divinos auxilios por la escasez de sacerdotes. Mientras Su Santidad no reconozca la existencia política y religiosa de la nación Colombiana, nuestra iglesia ha menester de los Ilustrísimos obispos que ahora la consuelan de esta orfandad para que llenen en parte esta mortal carencia.

“Sepa V.S.I. que una separación tan violenta en este hemisferio, no puede sino disminuir la universalidad de la iglesia romana, y que la responsabilidad de esta terrible separación recaerá muy particularmente sobre aquellos que, pudiendo mantener la unidad de la iglesia de Roma, hayan contribuido, por su conducta negativa, a acelerar el mayor de los males, que es la ruina de la Iglesia y la muerte de los espíritus en la eternidad.

“Yo me lisonjeo que V.S.I., considerando lo que llevo expuesto, se servirá condescender con mi ardiente solicitud, y que tendrá la bondad de aceptar los cordiales sentimientos de veneración que le profesa su atento, obediente servidor, BOLIVAR”.

¿No había de atender este hombre llamados tan elocuentes y sinceros del más grande de los hombres de América, que con su ausencia veía extinguirse una manera de educar al pueblo que acababa de libertar, dejándolo en la orfandad de los medios espirituales con que completar su bienestar? El obispo amansado ya completamente se restituyó a su diócesis, y si no nos consta que trocó por otros sus íntimos sentimientos hostiles a la causa de la república, consta al menos que modificó radicalmente su concepto acerca del Libertador.

Poco permaneció Bolívar en la capital de la recién sometida provincia; tan sólo lo necesario para organizarla.

La escuela histórica que en América pretende elevar a todo trance a ciertos héroes por encima de la virtud cívica, el valor, el talento, el desprendimiento y el genio de Bolívar hace a éste un cargo que bien considerado resulta torpe, y por la intención más mezquino que estúpido. Y es increíble que escritores no adversos a su obra y la pureza de sus sentimientos repitan el supuesto cargo con lamentable inconsciencia, que Bolívar dominaba un desmesurado “incontrolable amor a la gloria”. No un guerrero consciente sino apenas un recluta obligado a moverse en las filas bélicas sin conocimiento de móviles, sin amor por una causa no comprendida, no analizada, es el soldado que no ama la gloria. Desea que su nombre no perezca todo el que se agita en obra cualquiera, y más vehementemente lo anhela cuanto más digna la juzga de perpetuidad. Busca esa recompensa póstuma y presente el poeta que interpreta los signos del espíritu y los enigmas de las cosas, el historiador que encierra en el libro los anales del mundo, el sabio que estudia y descubre la virtualidad oculta en la materia o mide con precisión las distancias estelares o hace patentes los medios ocultos para sostener la vida de los hombres. Ninguno de los que buscan

gloria legítimamente se mueve en pos de ella como fin: su fin es el bien. Tirteo, general y poeta, excitaba con sus cantos a sus soldados a la defensa de Atenas, la patria, poniendo ante sus ojos la gloria de vencer en vida o perecer noblemente en la demanda. Pero es tan pobre la mentalidad de algunos historiadores o tan infeliz y apretado su corazón que encuentran en el caudillo de América una falla despreciable al anhelar la gloria y querer preservarla immaculada, como poderoso móvil para sus hazañas que no eran fruto de egoísmo miserable sino flor de verdad y provecho colectivo.

Esta reflexión viene al caso y cuadra con los extraordinarios homenajes que sabían rendirse a Bolívar sin que él hiciera gesto hipócrita de desaprobación o repudio. Para justificar en el Libertador este supuesto amor "desorbitado" a la gloria ha llegado uno de los críticos a quienes nos referimos a notas como la siguiente que discípulos de sus métodos históricos repiten inconscientemente. En Guayaquil, entre los agasajos que se rindieron al Protector general San Martín, la señorita Carmencita Garaicoa le obsequió con una corona de laurel: ¡Bolívar se puso visiblemente sombrío de envidia y disgusto porque el obsequio no había sido para él! ¡Y resulta que el homenaje lo rindió la bella criatura de acuerdo con el programa trazado por el mismo Bolívar!

Habiendo salido de Pasto, el Libertador llegaba a Quito el 16 de junio atravesando el trayecto bajo una ovación continuada que sin excepción alguna le ofrecieron todos los pueblos del tránsito. Era la recompensa que pueblos sencillos y agradecidos podían brindar a los pies de su benefactor. Igual recompensa gloriosa saboreó al recibir en la ciudad las aclamaciones, ofrendas y amor de todos los habitantes sin excluír edad, sexo ni condición. De moda estaba en la época la usanza pagana de las demostraciones públicas a los héroes guerreros victoriosos con sus estrados al aire libre, adornos y colgaduras, carros, coronas, arcos triunfales y cabalgatas, y en medio de tales ofrendas él veía un remedo pálido de la gloria inmarcesible por que anhelaba como premio a su obra.

Refiere Mosquera que se dispuso una tribuna al aire libre prolijamente decorada, la que según lo previsto fue ocupada por el Libertador, Sucre y otros jefes. La señorita María Arboleda colocó una corona de hojas de oro de laurel; pero el Libertador cortesmente la rehusó indicando que correspondía al ínclito vencedor de Pichincha, a lo que la graciosa y desenvuelta niña, con palabras adecuadas, lo coronó con una de laurel natural. La observación del héroe hacía debida justicia a su lugarteniente, el redentor inmediato de Quito; pero en el aire flotaba, todos estaban convencidos,

que la fuerza original impulsora de todas las hazañas residía en el hombre que sin desalentarse ni arredrarse por contratiempos, dificultades ni escasez de medios hacía doce años que venía humillando a la fortuna.

Más satisfacción hubo de experimentar su espíritu al saber que las provincias de Cuenca, Loja y Quito no presentaban dificultad ninguna para "entrar en su deber". Al conjuero de Pichincha habían reconocido la soberanía de Colombia, posición justa y lógica. Reconocimiento era en efecto, la expresión correcta, por cuanto, lo mismo que la provincia de Guayaquil, estaba dentro de los límites de Nueva Granada y pertenecían, por tanto, de hecho y por la constitución, a la familia colombiana.

Se ha abusado para el caso del término *anexión*, completamente falso y fuera de lugar. Anexión era lo que el Perú pretendía tocante a Guayaquil. Estando esta provincia separada en virtud de los acaecimientos, del resto de Nueva Granada, o sea del seno de la república de Colombia, ésta buscaba su incorporación tan pronto como los triunfos de sus armas en el sur lo permitieran.

Aquí es oportuna una mirada retrospectiva. Desde que Guayaquil se declaró independiente comenzó la era de las dificultades con el Perú que a todo trance deseaba poseerlo. Mientras el reino de Quito lo mismo que tuvo la región vecina del resto de Nueva Granada, no poseía otro puerto a pesar de las buenas radas que hay en la costa ecuatoriana, por la carencia de camino que conduzcan del interior para salir al mar, el Perú los tenía amplios y bastantes y bien comunicados en el litoral del Pacífico; pero Guayaquil, fuera de su excelente puerto, no igualado por ninguno otro de la costa peruana, poseía el único astillero digno de tal nombre en todo el Pacífico y guardaba en sus bosques cantidad de maderas de que carecía el Perú. Estas condiciones apetecibles, unidas a ciertas medidas del rey de España ya abolidas, tocantes a la jurisdicción sobre la provincia, como hemos visto atrás, aguzaban la codicia de los políticos de la nación vecina, que en cuanto la provincia se declaró independiente en 1820 influyeron en el ánimo ya decadente del Protector San Martín, para determinarlo a anexarla a su territorio. Enfrentarse a Colombia abiertamente y por la fuerza no le era dado; pero sí le era posible intentar la empresa por medio de la intriga. De aquí los numerosos actos que llevó a cabo y de que hemos dado somera cuenta.

La Junta de Gobierno que se instaló constaba de tres miembros: don José Joaquín Olmedo, el coronel Rafael M. Jimena y

don Francisco Roca, como presidente el primero. Aunque pretendiendo en apariencia que la provincia formase un estado independiente, estaban íntimamente convencidos de que el empeño era absurdo por irrealizable, dada su pequeñez y pobreza y el conflicto que su existencia alentaba entre dos repúblicas vecinas que la reclamaban, una de ellas Colombia con la fuerza del derecho principalmente y el apoyo de sus ejércitos vencedores, encabezados por el prestigio de Bolívar: tenían que terminar por adherirse a uno u otro estado. En su fuero íntimo preferían al Perú. Esta situación tenía que engendrar la debilidad e indecisión de que siempre adoleció.

Aunque la revolución de Guayaquil se hizo casi por oficiales de Colombia la junta solicitó para sostenerse el concurso de las fuerzas peruanas, a quienes acompañó desde luego la mala fortuna. Al mismo tiempo el Protector vio en esa inclinación de los miembros de la Junta ocasión propicia para satisfacer los anhelos de sus gobernados, y comisionó como agentes suyos al coronel argentino Tomás Guido y al peruano Toribio Luzuriaga, quienes después del éxito adverso de los primeros encuentros con los españoles regresaron a Lima. Confiesa el historiador Bartolomé Mitre, nada sospechoso de parcialidad colombiana, que so capa de saludar a la Junta su verdadera misión era promover una alianza que colocase a la provincia bajo su dependencia militar. Mas las instrucciones a los comisionados incluían la de hacer presente que ellos no buscaban otra cosa que cooperar en la libertad de la provincia y respetar la voluntad del pueblo.

Desde luego que los peruanos contaban con que esa voluntad era preponderante por la unión de Guayaquil al Perú. El coronel Luzuriaga fue nombrado comandante general de las milicias.

La provincia comenzó a convertirse en un hervidero de pasiones. Unos abogaban por su incorporación al vecino estado; los más sostenían que Guayaquil constituía parte integrante de Colombia por ser territorio de la Nueva Granada; los menos querían que se conservase independiente. Los agentes de San Martín echaban combustible a la hoguera. Al fin logró Guido firmar el convenio buscado por el momento y de que se dio cuenta en el capítulo anterior. Se había dado un paso avanzado en el cumplimiento de los anhelos de la república del sur.

Bolívar se hallaba a todo esto distante de los sucesos, bajo el régimen del armisticio de Santa Ana; luego en camino al sur definitivamente. En cuanto tuvo noticias de las maquinaciones peruanas

y de los insucesos de las tropas de esa nación defensores de Guayaquil ordenó al general Antonio José de Sucre, que había sido designado para hacerse cargo de la defensa del sur de Colombia en

hombres para Guayaquil con amplios poderes, como comandante general y con instrucciones de persuadir a la Junta de los derechos colombianos y las ventajas de pertenecer a la gran nación.

Sucre, no menos hábil por sus talentos guerreros que por sus

febrero. Al informarse de ello interrumpió inopinadamente el viaje y regresó a Lima. ¿Qué ocasionó semejante viraje?

El héroe del sur, al iniciar su viaje al norte, contaba con que el héroe del norte tardaría bastante en llegar a Guayaquil; él tendría tiempo, antes del arribo de Bolívar a esta ciudad, de influir eficazmente en la junta de gobierno para la ansiada anexión, según el desiderátum de los sombríos personajes que lo asesoraban. Pero las comunicaciones del 7 de enero de la junta y de Salazar contenían la noticia dada por el mismo Libertador, de su llegada en el mes de febrero aparte de otras tocantes a su decisión de sostener a todo trance el derecho de Colombia, como queda explicado en el capítulo anterior. Juzgó el Protector ahora que Bolívar y su Guardia de 2,500 hombres, así como Torres con sus 2,000 soldados estarían ya en la ciudad. Nos tomó la delantera, “nos ganó de mano”, se diría, como había de repetirlo a Rufino Guido cinco meses más tarde después de intentar la jugada por segunda vez.

Bien sabidas tenemos las causas por que Bolívar desistió de llevar su expedición por mar y hubo de hacer el penoso recorrido que lo llevó a Pasto para trasladarse a Quito recién libertada por Sucre en Pichincha. Y debemos hacer presente que desde el principio de la revolución guayaquileña el presidente de Colombia, celoso vigilante de la integridad y derechos de su nación, estaba al tanto de los pasos, jugarretas y movimientos subrepticios de la política peruana; y para ponerse por su parte de acuerdo con el gobierno, ejercido por el vicepresidente Santander, desde El Trapi-che hizo al gobierno el primero de junio de 1822 la consulta que debemos transcribir para que pueda valorarse su sentimiento de sumisión a la ley, él, presidente de la república, a quien bastaba un movimiento de mando para que lo obedecieran sus soldados. Por otra parte esta nota es un buen ejemplo de la franqueza y firmeza de su política, que contrasta tan elocuentemente con los caracteres de la política peruana:

“Por la marcha de mi secretario coronel Pérez en comisión, cerca del gobierno de Quito, tengo yo mismo que dirigirme a V.S. para incluirle una correspondencia del Protector del Perú de bastante importancia por su contenido, y otra del mismo señor Protector dirigida al gobierno de Guayaquil y publicada en la Gaceta del Patriota de aquella ciudad.

“Por estos documentos podrá observar V.S. que el Protector del Perú pretende: primero, mezclarse en los negocios internos de Colombia, con respecto a las relaciones con sus provincias;

segundo, que el Protector afirma que Guayaquil no debe quedar independiente sino que debe decidirse por uno de los dos estados; tercero, que el mismo Protector le ofrece a Guayaquil, que el Perú mirará como interés propio la independencia de Guayaquil.

“El espíritu que reina en Guayaquil es bien conocido de V.S. y creo que es notorio a todos, y las contradicciones que se observan en las comunicaciones del Protector son de naturaleza a hacer vacilar sobre su buena o mala fe. En consecuencia de todo esto y de mucho más que no digo porque no tengo tiempo para ello, he creído de mi deber consultar a el poder ejecutivo sobre la línea de conducta que yo debo seguir con respecto a Guayaquil y al Perú, en la cuestión presente sobre la segregación de Guayaquil y la intervención del Perú. Es mi opinión que el poder ejecutivo consulte no solamente al Consejo de Secretarios sino que también convoque si le es posible a todos los miembros del Senado que se encuentren en esa capital y aun a la alta corte de justicia si lo tuviere por conveniente. Esta indicación la hago con la sola idea de hacer que el acierto de la resolución sea consultado con el mayor peso por su consejo a la marcha política que yo deba seguir en un negocio tan delicado como el que se trata.

“Yo estoy pronto a no seguir otro dictamen en esta materia sino el que se me comunique por el poder ejecutivo, que sin duda será el más sabio y más justo; mas debo hacer presente que si en último resultado nos creemos autorizados para emplear la fuerza en contener al Perú en sus límites, en hacer volver a entrar a Guayaquil en los de Colombia, es también mi opinión que debemos emplear esta fuerza lo más prontamente posible, precediendo antes las negociaciones más indispensables y empleando siempre al mismo tiempo la política más delicada para atraernos a los del partido del Perú y a los de la independencia de Guayaquil, y fomentando además el buen espíritu que reina entre los amigos de Colombia. Declaro también que esta no es más que una mera indicación y que de ningún modo pretendo que se haga otro uso de ella en la deliberación, sino la de tenerla presente para su riguroso examen.

“Yo espero con la mayor impaciencia la respuesta del poder Ejecutivo para arreglar mi conducta a su dictamen definitivo; protestando que mientras no venga esta respuesta yo me conduciré del modo que las circunstancias me dicten pero sin emplear en nada la fuerza, porque entonces sería tomar la iniciativa en el manejo de un negocio que sin duda es de la mayor gravedad”.

La contestación dada a esta consulta echa por tierra una teoría varias veces aludida por el notable historiador chileno Francisco Encina, según la cual en Bogotá se adversaba por varias razones un conflicto con el Protector y con el Perú; y que Bolívar, “después de la conferencia de Guayaquil verificada meses más tarde, inventó ciertas explicaciones para calmar la nerviosidad del congreso y gobierno colombianos alarmados ante un posible choque con el Perú y con San Martín”. Porque el gobierno le aconsejó “preferir siempre los medios amistosos a los de la fuerza, pero autorizándolo, si aquellos no produjesen efecto alguno a ocupar los pueblos dispuestos a reconocer espontáneamente a la república y sin demora a toda la provincia, a la menor hostilidad de parte de su gobierno, como nos correspondía de derecho. Estas indicaciones debía considerarlas como simples consejos, pues estando tan distante, debía guiarse en casos imprevisibles por su sabiduría y experiencia”.

No era posible más decidida actitud de Colombia contra las pretensiones de la nación del Sur.

Como dijimos arriba San Martín resolvió inopinadamente en Huanchaco volver hacia el sur la proa de su embarcación, y el 3 de marzo (1822) estaba de regreso en Lima; y ese fue el mismo día en que ordenó al general Santa Cruz por medio de Montcagudó que abandonase la campaña en que estaba empeñado bajo el comando de Sucre y regresase al Perú. Determinación tan grave, obra del despecho, hubiera ocasionado un conflicto vergonzoso en las filas patriotas si Santa Cruz no se hubiese abstenido de obedecerla ante la actitud firme y resuelta del general colombiano. Y ese mismo día San Martín ofició a la Junta prometiéndole apoyarla con las armas si quería seguir sosteniendo su autonomía. Y algo increíble por lo monstruoso: pidió y obtuvo del consejo de estado autorización para hacer la guerra a Colombia; y ofició intimación al Libertador para que respetase la autonomía de la provincia. Como una nueva muestra de las insuperadas dotes del Libertador como político, diplomático y hombre de energía sin la cual no se habría podido llevar a cabo la independencia, transcribimos también la respuesta que desde Quito dio a esa intimación:

“Quito, 22 de junio de 1822—Excmo. Señor Protector del Perú, don José de San Martín—Excmo. Señor: —Tengo el honor de responder a la nota de V.E. que con fecha 3 de marzo del presente año se sirvió dirigirme desde Lima, y que no ha podido venir a mis manos sino después de muchos retardos, a causa de las dificultades que presentaba para las comunicaciones el país de Pasto.

“V.E. expresa el sentimiento que ha tenido al ver la intimación que hice a la provincia de Guayaquil para que entrase en su deber. Yo no pienso como V.E. que el voto de una provincia debe ser consultado para constituir la soberanía nacional, porque no son las partes sino el todo del pueblo el que delibera en las asambleas generales reunidas libre y legalmente. La constitución de Colombia da a la provincia de Guayaquil una representación la más perfecta, y todos los pueblos de Colombia, inclusive la cuna de la libertad, que es Caracas, se han creído suficientemente honrados con ejercer simplemente el sagrado derecho de deliberación.

“V.E. ha obrado de un modo digno de su nombre y de su gloria no mezclándose en Guayaquil, como me asegura, sino en los negocios relativos a la guerra del continente. La conducta del gobierno de Colombia ha seguido la misma marcha que V.E.; pero al fin, no pudiendo yo tolerar el espíritu de facción que ha retardado el éxito de la guerra y que amenaza inundar en desorden todo el sur de Colombia, he tomado definitivamente su resolución de no permitir más tiempo la existencia anticonstitucional de una junta que es el azote del pueblo de Guayaquil y no el órgano de su voluntad. Quizá V.E. no habrá tenido noticia bastante imparcial del estado de conflicto en que gime aquella provincia porque una docena de ambiciosos pretenden mandarla. Diré a V.E. un solo rasgo de espantosa anarquía: no pudiendo lograr las facciones la pluralidad en ciertas elecciones, mandaron poner en libertad el presidio de Guayaquil para que los nombres de estos delincuentes formaran la preponderancia a favor de su partido. Creo que la historia del Bajo Imperio no presenta un ejemplo más escandaloso.

“Doy a V.E. las gracias por la franqueza con que me habla en la nota que contesto; sin duda la espada de los libertadores no debe emplearse sino en hacer resaltar los derechos del pueblo. Tengo la satisfacción, Excmo. Protector, de poder asegurar que la mía no ha tenido jamás otro objeto que asegurar la integridad del territorio de Colombia, darle a su pueblo la más grande latitud de libertad y extirpar al mismo tiempo así la tiranía como la anarquía. Por tan santos fines el ejército libertador ha combatido bajo mis órdenes y ha logrado liberrar la patria de sus usurpadores y también de los graciosos que han pretendido turbarla.

“Es V.E. muy digno de la gratitud de Colombia al estampar V.E. su sentimiento de desaprobación por la independencia provisional de Guayaquil, que en política es un absurdo y en guerra no es más que un reto entre Colombia y el Perú. Yo no

creo que Guayaquil tenga derecho a exigir de Colombia el permiso para expresar su voluntad, para incorporarse a la república; pero si consultaré al pueblo de Guayaquil porque este pueblo es digno de una ilimitada consideración de Colombia, y para que el mundo vea que no hay pueblo de Colombia que no quiera obedecer sus sanas leyes.

“Mas dejando aparte toda discusión política, V.E., con el tono noble y generoso que corresponde al jefe de un gran pueblo me afirma que nuestro primer abrazo sellará la armonía y la unión de nuestros estados, sin que haya obstáculo que no se remueva definitivamente. Esta conducta magnánima por parte del Protector del Perú fue siempre esperada por mí. No es el interes de una pequeña provincia lo que puede turbar la marcha majestuosa de América meridional, que unida de corazón, de interés y de gloria, no fija sus ojos sobre las pequeñas manchas de la revolución, sino que eleva sus miras sobre los más remotos siglos y contempla con gozo generaciones libres, dichosas y anegadas en todos los bienes que el cielo distribuye a la tierra, bendiciendo la mano de sus protectores y libertadores.

“La entrevista que V.E. se ha servido ofrecerme, yo la deseo con mortal impaciencia, y la espero con tanta seguridad como ofrecida por V.E.

“Acepte V.E. los sentimientos de profunda consideración con que soy de V.E. su atento, obediente servidor, BOLIVAR”.

¿Puede exigirse juego más limpio, razonamiento más vigoroso, abrazo más estrecho de la energía rígida con la flexibilidad diplomática en el desempeño de los deberes de un hombre de estado?

Al lado de las arduas tareas de organización que se siguieron a su entrada en Quito, Bolívar se veía halagado ahora como pocas veces lo fue ningún héroe de la historia. Tuvo que dar de mano a aquéllas y renunciar a los hechizos que podían retenerlo, porque presintió el peligro que se presentaba para la armonía de las dos grandes naciones por la ambición absurda de la del sur y los manejos y disimulo de su representante.

Capítulo VIII

1822

GUAYAQUIL, LA MANZANA DE LA DISCORDIA

RESUMEN

Negociación de La Prueba y La Venganza — Los amigos de Colombia en Guayaquil exigen a la Junta la convocación del colegio electoral — Se convoca para el 28 de julio — Razón del plazo tan largo — Efectos de la llegada del Libertador en el pueblo y en la Junta: excitación y alborotos — La Mar es enviado con el objeto ostensible de felicitar a Bolívar y a Sucre — Bolívar hace marchar al Perú por Cuenca la división de Santa Cruz, a la que el Protector había ordenado desfilar por Guayaquil — Bolívar ordena que le preceda Salom con tres batallones de la Guardia — Salida de San Martín del Callao coincide con la resolución de Bolívar en Quito — Le precede la escuadra peruana — Lo tratado entre Bolívar y la Mar en Quito — Llegada del Libertador a Guayaquil — Entusiasmo, festejos y movimiento público a la llegada del Libertador — Las excusas de Bolívar a Olmedo — Memorial para pedir la incorporación a Colombia — Para extinguir el espíritu de asonada reinante Bolívar asume el mando civil y militar — El bando de Salom — La salida de San Martín del Callao coincide con la resolución de Bolívar — Probables cálculos del Protector — “No hay peor cuña que la del mismo palo” — Llegada de la Macedonia a la isla de Puná — Asombro y desmoralización por los hechos cumplidos — Sorpresa de Bolívar por la llegada de San Martín — Mensaje de Bolívar — San Martín intenta no desembarcar — Nuevo mensaje del Libertador lo decide a desembarcar — Agasajos — Primera conferencia — Segunda conferencia de cuatro horas — Otros homenajes — San Martín se embarca de nuevo — “El Libertador nos ha ganado de mano” — Sentido en que la conferencia de Guayaquil “carece de trascendencia histórica” — La historia localista en Sur América — Las conferencias se llevaron a cabo sin testigos — La opinión sobre los móviles de las conferencias, según Restrepo — El plan preconcebido — Bolívar lo frustró — Los informes de Bolívar al gobierno, a Santander, al intendente de Quito — Objeción por no estar firmados el primero y el último sino por el secretario José Gabriel Pérez — El texto de las cartas — Todas tres concuerdan en el fondo — El sistema monárquico para el gobierno de América — El Protector parte para Quito.

ENTRE LOS ACTOS notables de parcialidad de la Junta de Gobierno de Guayaquil resta referir la adquisición de las fragatas *La Prueba* y *La Venganza*. Estos dos navíos españoles llegaron en lamentable estado a la bahía de Panamá poco después de la inde-